

S
S
SERVICIO SECRETO

B
B



UNA MUJER EN LA NIEBLA

clark carrados

UNA MUJER EN LA NIEBLA

CLARK CARRADOS

UNA MUJER
EN LA NIEBLA

1.ª EDICIÓN
SEPTIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 18103 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 2306/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

762. - La carta del muerto.

En Colección BUFALO:

438. - Capital fracaso.

En Colección S. SECRETO:

628. - La chica bajo el farol.

En Colección CONGO:

6. - Sahara rojo.

En Colección TEXAS:

307. - La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

302. - Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:

228. - Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

214. - Fantasma en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:

18. - Ojos en la oscuridad.

UNA MUJER EN LA NEBLA



por CLARK CARRADOS

[Signature]

CAPÍTULO PRIMERO

La vi por primera vez al abrir los ojos después del accidente.

Estaba en pie, a unos pocos pasos de distancia del lugar en que yo me hallaba tendido sobre la húmeda hierba del prado vecino a la carretera. Me miraba fija, quietamente, sin hacer el menor sonido, silenciosamente asombrada de encontrar un hombre en aquel lugar.

Pese a mi aturdimiento, pude captar en pocos instantes los menores detalles físicos de la mujer. Era elevada de estatura, muy hermosa, de formas llenas y armoniosas, ojos muy azules, labios rojos y carnosos, y cabello rubio ceniza, color natural por lo que más tarde pude juzgar. El cabello era muy largo y le pendía suelto por los hombros y la espalda, cayéndole como una cortina de hebras metálicas desde la cabeza.

Vestía una especie de túnica o traje *chemise* completamente suelto, sin mangas, cerrado totalmente en torno a una garganta de cisne, cuya prenda, sin embargo, no bastaba para ocultar la doble armonía de su busto de diosa. Las piernas le quedaban al descubierto a partir de las rodillas y sus pies diminutos estaban calzados con unas simples sandalias de estilo romano. No llevaba apenas otro maquillaje que un poco de rojo en los labios y una ligera sombra en los párpados. Las uñas de las manos y los pies aparecían completamente limpias.

Parecía un cuadro. Al fondo, una docena de metros tras ella, empezaba el bosque, un conjunto de árboles de gran altura y troncos tan rectos como las columnas de una catedral. El efecto de semejanza con la misma, resultaba prodigiosamente aumentado, debido a la espesa niebla que cubría el suelo, deslizándose en vigorosas hilachas entre los árboles, hasta una altura de unos veinte metros. Algunos débiles rayos de sol conseguían abrirse paso entre las nubes, provocando unos efectos de luz y sombra realmente maravillosos.

Traté de erguirme. Entonces ella avanzó hacia mí, arrodillándose a mi lado.

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero? —dijo con voz melodiosa. Haciendo un esfuerzo me senté en el suelo. Sacudí la cabeza.

—Creo... —murmuré, y de repente miré en torno mío.

En coche estaba volcado unos cuantos metros más allá, fuera de la carretera. No parecía haber sufrido graves daños, excepto los que se derivaban de un accidente de índole semejante, ocurrido a una moderada velocidad de cincuenta kilómetros hora.

—Lo siento —dije—, no sé lo que me pasó. Volqué y salí despedido, perdiendo el sentido.

—Venga a mi casa —dijo ella—. Allí le atenderemos y podrá llamar a un médico.

—Eso no será necesario, yo soy médico —dije—. Conozco lo que tengo: un buen golpe en la cabeza. Me repondré en seguida, aunque sí aceptaré, abusando de su generosidad, una taza de té.

—Tendré mucho gusto en ofrecérsela, doctor —contestó élla sosegadamente—. ¿Quiere apoyarse en mí?

Me ofreció su brazo y apoyé la mano en el miembro, de una firme morbilidad que me agradó soberanamente. Haciendo un esfuerzo conseguí ponerme en pie y entonces advertí que me dolía la rodilla.

—¡Vaya! —dije—. Por lo visto, no ha sido sólo la cabeza. —Traté de flexionar el miembro y el dolor aumentó. Sonreí—: Quizá tenga que llamar de veras a un médico.

—Si lo desea haremos venir al médico de la familia, el doctor Stuyvent.

—Creo que no será necesario —respondí—. Y, a propósito, permítame que me presente: Jonathan Forrester, graduado en medicina y cirugía por la Universidad de Edimburgo. Tengo el despacho abierto en Kirkaldy.

Ella hizo una leve inclinación de cabeza.

—Miss Van Kamm —dijo sencillamente. Tiró de mí con suavidad y emprendimos la marcha a través del bosque y de la niebla, la cual nos ocultó la carretera en pocos momentos.

Necesariamente nuestra marcha hubo de ser lenta, debido al dolor de mi rodilla, que me hacía cojear más de lo necesario. Unos diez minutos después, salimos del bosque, encontrándonos entonces

frente a lo que la señorita Van Kamm llamaba la casa.

Solté una involuntaria exclamación de asombro al ver el enorme edificio, que tenía aspecto de castillo más que de cualquier otra cosa. Lo que más me llamó la atención fue una torre almenada de unos cuarenta metros de altura por veinte de anchura, cuadrada, sólida, maciza, dominando con su amenazador conjunto el edificio que yacía a sus pies.

Para llegar a la casa era preciso atravesar un pequeño riachuelo de poca anchura, pero de gran profundidad, ya que, a pesar de la limpidez de su corriente, no se podía divisar el fondo. Pasamos por encima de un puentecito de madera y llegamos por fin a la casa.

Un hombre salió a recibirnos. Era de mediana estatura, delgado, de pómulos salientes y cejas espesas, sobre unos ojos de mirada bailoteante y esquiva.

—Gerald —dijo la mujer—, aquí es el doctor Forrester. Ha sufrido un accidente en la carretera. Será mejor llamar al doctor Stuyvent.

—Por favor, señorita Van Kamm —dije—. Permítame que examine primero mi rodilla. Entonces podré decir si es preciso o no llamar al médico.

—Muy bien. Como quiera, doctor Forrester.

Ella me condujo hasta una gran habitación, mezcla de cuarto de estar, comedor y biblioteca, magníficamente amueblada y en cuyos muros de espesa piedra, se veían entre los estantes de libros, varios cuadros y tapices de gran valor artístico. Me senté en un diván, subiéndome la pernera del pantalón.

Tanteé la rodilla con los dedos, llegando a la conclusión de que se trataba de un simple, aunque fuerte, golpe. En la cabeza, sobre el temporal izquierdo, tenía un gran chichón. Éstas eran, por el momento, todas las consecuencias del accidente.

Levanté la vista. Ella me estaba mirando con expresión de ansiedad.

—No ha sido nada, afortunadamente —comenté—. Un par de días y estaré completamente bien. Lo que sí convendría hacer, abusando de su benevolencia, es llamar a un mecánico de Cupar para que viniera a ver qué se puede hacer por el coche.

—Gerald lo llamará apenas haya traído el té —dijo ella sosegadamente. Se sentó frente a mí, apoyando los brazos en las

rodillas.

Durante unos minutos permanecimos en un incómodo silencio. Ella no daba muestras de hablar y yo no quería interrumpir su quietud. Sólo percibía su tranquila respiración, revelada, más que nada, en los naturales movimientos del busto, que abombaba la tela del vestido con suaves curvas.

Gerald vino al fin con el carrito del té. Tomé un par de tazas, que me reconfortaron notablemente, y ello sirvió de pretexto para entablar una conversación intrascendente.

Gerald entró más tarde.

—He avisado al mecánico de Cupar. Dice que hasta mañana por la mañana no podrá examinar el automóvil del doctor Forrester.

—¡Oh, qué lástima! —exclamó ella—. Gracias de todas formas, Gerald. —Luego volvió la vista hacia mí—. Se quedará esta noche con nosotros, doctor.

—No me gustaría abusar de su hospitalidad, señorita Van Kamm —manifesté.

—Es nuestro deber —respondió ella sencillamente.

CAPÍTULO II

A la hora de la cena conocí a tres personas que vivían con ella en el castillo. Dos de ellas me fueron presentadas como los señores Angus y Emma McKearn. La tercera persona, un hombre, respondía al nombre de Asser Felton.

Angus Mac Kearn era un individuo menudo, insignificante en apariencia, tanto como voluminosa era su pechugona esposa Emma, una mujer peso pesado de ciento diez kilos al menos, robusta como un cargador del muelle, sanguínea, amiga de la buena mesa y de los buenos caldos y con un genio endiablado, a juzgar por las acres palabras de censura que constantemente dirigía a su diminuto esposo.

En cuanto a Felton, era un tipo silencioso, que apenas si despegó los labios en toda la cena. Era tan alto como yo, más de un metro ochenta y de una delgadez inverosímil. Sus ojos brillaban como carbones encendidos, debajo de unas cejas apenas existentes, situadas al comienzo de una frente que llegaba al occipucio, quiero decir que era tan calvo como un balón de fútbol.

Ella presidía la mesa, comiendo con circunspección. En todo el tiempo no la vi sonreír y tampoco se mostró muy locuaz. La que llevó el peso de la conversación, fue la insaciable señora Mac Kearn. Cómo se las arregló para comer tanto sin dejar de hablar, es un misterio que aún hoy día no he conseguido comprender.

La cena terminó, y tras un corto rato de sobremesa, nos retiramos a descansar. Me despedí de la señorita Van Kamm y de sus invitados, tras lo cual, Gerald me condujo a mi habitación.

—El señor tiene sobre la mesilla un vaso de leche si lo desea y unas galletas. También hay licor.

—Gracias, Gerald —dije.

Entré en la habitación, en cuyo centro había un lecho enorme, con cuatro columnas salomónicas que sostenían un inmenso dosel

de seda roja como la sangre. El fuego ardía en la chimenea con alegre crepitar.

Vi que habían preparado ropas para dormir. Estaba más que cansado, un poco nervioso y necesitaba sueño para recuperar mi equilibrio después de lo sucedido. La leche suele ser un buen sedante, de modo que decidí tomarme el vaso que tenía sobre la mesita de noche.

Empecé a beber el blanco líquido. A los primeros sorbos, tuve que correr a la chimenea y escupir lo poco que había llegado a mi boca.

Cualquier otra persona hubiera despachado el vaso de leche de un trago. Cuando se es doctor en Medicina, hay ciertos sabores que se perciben en el acto, por muy disimulados que estén, y así supe que habían disuelto en la leche un poderoso narcótico.

Me quedé mirando el vaso con aire perplejo. Por más que me lo pregunté, no conseguí adivinar qué motivos tenían en aquella casa para hacerme dormir profundamente durante toda la noche. ¿Era sólo por hacerme descansar?

La casa era antigua, pero no carecía de ninguna de las comodidades modernas. Junto al dormitorio había un cuarto de baño, por cuyo desagüe marchó la leche. Después me desnude y, poniéndome un pijama que encontré sobre el lecho, me metí entre las sábanas.

Apagué la luz. Estuve pensando largo rato sobre los motivos que tenía aquella gente para narcotizarme. ¿Qué misteriosas actividades desarrollaban durante la noche que no les convenía fueran observadas por una persona extraña?

Y, de pronto, un horrible alarido rasgó el silencio de la noche. El grito era tan espantoso, que me obligó a sentarme en la cama, cubierto de sudor, temblando de pies a cabeza como un azogado.

Sonaron pasos precipitados sobre el techo de grandes vigas de la estancia. Después el chirrido de una llave al girar en una cerradura y el ruido de una pesada puerta al abrirse. Unos segundos después oí el inconfundible chasquido de un látigo. Alguien gimíó ahogadamente.

Los ruidos cesaron a poco. La puerta se cerró y todo quedó en silencio.

Volví a tenderme en el lecho, temblando de miedo y excitación a

la vez. ¿Qué ocurría en aquella casa? ¿Quién estaba encerrado y gemía? ¿Por qué le golpeaban con el látigo?

Traté de cerrar los ojos, pero me resultó imposible. Si ya antes estaba un poco nervioso, ahora me sentía a punto de explotar. No sabía qué hacer, si continuar allí o vestirme y largarme de la casa sin más dilación.

El dolor de mi rodilla, que aún persistía, me hizo abandonar la idea de la fuga. Cupar estaba a más de diez millas de distancia, y con la pierna en tal estado, resultaba imposible pensar en recorrer siquiera la quinta parte de dicho espacio. No me quedaba, pues, otro remedio que permanecer en la casa, contrariamente a mis deseos.

Miré hacia la ventana. La niebla del atardecer se había disipado y la luz de la luna entraba a raudales por los cristales. Me di cuenta de que estábamos en el plenilunio y sin querer pensé en aquellarres y conciliábulos de brujas y tragos.

Pasó un largo rato. Abajo, en el gran vestíbulo de la entrada, sonaron gravemente las campanadas de las once. Faltaba una hora para las doce, el momento del aquellarre, la hora de la reunión de las brujas.

De pronto sentí unos pasos cautelosos que se acercaban al dormitorio. Cerré los ojos y relajé los músculos.

La puerta se abrió en silencio. El suelo de madera cedió levemente. Por la presión, más que por el ruido, pude advertir que eran dos personas las que entraban en la estancia.

Se acercaron a mi lecho, contemplándome en silencio durante largo rato. Escuché una voz bronca que me resultó conocida.

—Duerme.

—Sí, duermes —contestó alguien a quien de momento no supe identificar—. Pero hemos tenido que narcotizarlo para que no nos estorbara.

—Es lamentable —respondió la otra persona—. Pero a ella no le pareció correcto ni humano abandonarlo en la carretera.

—Tenía que venir hoy precisamente —masculló el otro, rabioso—. Te he dicho una y mil veces que en noches como ésta, debieras evitar que se admitiese ningún huésped en la casa.

—Perdóname —oí contestar con humildad—. No volverá a suceder.

—Está bien. Al menos, este individuo no nos molestará. Ve a prepararte; la ceremonia debe desarrollarse puntualmente a la hora señalada.

—Sí.

La otra persona se retiró silenciosamente. Yo quedé a solas con el individuo, en quien reconocí a Felton.

No sé cómo pude dominar mis nervios. ¿Qué pretendía el individuo, degollarme?

Se acercó al lecho y me examinó en silencio durante unos momentos que se me hicieron interminables. Luego se inclinó sobre mí.

Su figura me oculto durante unos momentos la luz de la luna. Estaba dispuesto para saltar a su cuello si advertía en él cualquier gesto sospechoso.

Su mano se acercó a mi rostro, levantando uno de mis párpados. Bueno, uno es médico y sabe lo que debe hacerse en tales circunstancias para fingir, de modo que el examen le tranquilizó. Yo hubiera hecho otra cosa mucho más práctica y, por supuesto, infalible: poner la mano sobre mi pecho; habría advertido al momento la acelerada palpitación de mi víscera cardíaca. Un hombre que duerme no mantiene el ritmo de sus pulsaciones a más de noventa por minuto, como me sucedía a mí en aquellos momentos.

Se fue.

Cuando me quedé solo, lancé un suspiro de alivio que, lo digo sin exageración, hizo temblar los cortinajes del dosel. Me senté en la cama, notándome transpirado de pies a cabeza.

Recordé que en la mesilla había licor. Bebí directamente del frasco, sin utilizar el vaso. Lo necesitaba.

El *whisky* me tranquilizó un tanto. Pensé en lo que acababa de suceder.

¿Quién obedecía tan humildemente a Felton? ¿Qué rara virtud poseía éste para obtener una obediencia tan sumisa?

De pronto recordé algo que me erizó el cabello. ¿No había estado pensando yo mismo en los aquelarres del plenilunio?

«La ceremonia debe desarrollarse puntualmente...»

¿Qué ceremonia?

Estábamos en el país típico de fantasmas y espectros, duendes y

trasgos, brujas y magos. En Escocia, en una palabra. A las doce sería el plenilunio, y entonces...

Presa de una vivísima inquietud que no podía dominar con nada, me puse en pie, abandonando el lecho. Miré a derecha e izquierda. ¿Qué hacer? ¿Cómo presenciar la ceremonia?

Me acerqué a la ventana y miré a través de los vidrios.

Y lo que vi me dejó completamente estupefacto.

No era solamente por el escenario en sí, sino por la labor que realizaban en aquellos instantes dos actores.

Eran dos hombres y estaban excavando una tumba.

CAPÍTULO III

La luz de la luna era muy fuerte e iluminaba el paisaje con una claridad plateada que permitía divisar los menores detalles hasta una buena distancia del edificio.

A unos veinte metros se alzaba una pequeña eminencia herbosa, de menos de diez metros de altura, roma y de muy suaves pendientes, en cuya cumbre divisé unos extraños objetos que de momento no supe identificar.

Eran unos monolitos de piedra, de forma un tanto irregular, muy parecidos a columnas de un viejo templo prehistórico, de un metro, y medio de grueso por cinco o seis de alto. El número de monolitos era de ocho o diez y estaban distribuidos en semicírculo, en la cumbre de la colina, en torno a un altar hecho con una gran losa llana tendida entre dos verticales. El altar distaba del suelo poco más de un metro.

Era evidente la naturaleza prehistórica del monumento. Recordé el círculo sagrado de Stohenenge, donde millares de años antes, los druidas practicaban los bárbaros ritos de una religión sanguinaria, que exigía de sus practicantes sacrificios humanos en las noches de plenilunio.

¿Iba a realizarse algún sacrificio de tal índole en aquel lugar?

Las piernas me temblaron de tal modo que hube de apoyarme en la pared para no caer al suelo. El escenario estaba preparado; faltaban sólo los actores para dar comienzo a la tragedia.

No, parte de los actores estaban ya allí. Eran los dos individuos que cavaban la fosa, a pocos metros al pie del altar. Habría una víctima y ésta sería sepultada después del sacrificio.

Pero ¿quién iba a ser esa víctima?

¿La persona encerrada en la habitación que había sobre mi dormitorio y a quien habían hecho callar a fuerza de latigazos?

¿Yo?

Volví a sudar y a temblar.

Yo.

Me habían narcotizado. Al menos, así lo creían ellos.

Dentro de poco entrarían y me llevarían al altar de piedra. Conocía muy bien el ritual de dichos sacrificios.

Alguien blandiría un cuchillo, cortándome la yugular. Un ayudante recogería mi sangre en un cuenco. Después, me arrancarían el corazón aún palpitante y...

Los dientes me entrechocaron ruidosamente. ¿En qué casa de locos había ido a caer?

El reloj del vestíbulo dio las once y media. Las dos campanadas se expandieron con graves sonoridades por todo el ámbito de la casa. Entonces escuché pasos por el corredor.

No me atreví a moverme de la habitación. Busqué un arma con la mano. Un atizador de la chimenea que cogí segundos después, bien manejado, podía quebrar un cráneo humano con la mayor facilidad del mundo. Esperé.

Los pasos se alejaron. El silencio volvió.

Empecé a pensar que, después de todo, muy bien podía ocurrir que no fuese yo la víctima del sacrificio. El narcótico se debía a que aquellas personas no querían que nadie presenciase sus ritos llenos de barbarie y salvajismo. Simplemente, habían querido tomar sus precauciones para no ser descubiertos. Mi desaparición podría provocar quizá graves sospechas, cosa que no les convenía en absoluto.

Casi sin saber lo que hacía, me vestí nuevamente. Estaba irresoluto. Por un lado, mis sentimientos me impulsaban a intervenir. Por otro, la razón, más egoísta, me decía que debía permanecer a un lado, indiferente a lo que fuese a suceder allí en aquella noche de plenilunio.

Pasó un largo rato. Me di cuenta de que pronto serían las doce de la noche.

Y entonces...

La señorita Van Kamm apareció de pronto ante mi vista. Los dos individuos habían dejado ya de cavar.

Ella caminaba tranquilamente, casi como una sonámbula. Detrás iban Angus y Emma McKearn, emparejados y, cerrando la marcha, Asser Felton.

Éste llevaba en las manos algo que no pude divisar bien, debido quizá a que me lo ocultaba parcialmente con el cuerpo.

Los dos hombres que habían estado cavando la fosa habían desaparecido casi sin que yo me diese cuenta del detalle. Allí estaban los cuatro solos.

La señorita Van Kamm vestía de un modo singular. Era una especie de túnica o manto, de un tejido muy transparente. Más que nada, podía decirse que era un velo que cubría su cuerpo de arriba a abajo, desde la garganta a los tobillos. El tejido era tan transparente que la luz de la luna pasaba con toda facilidad a través del mismo, recortando nítidamente las espléndidas líneas de su figura. El cabello le pendía suelto por la espalda.

Se situó junto al altar, en la cabecera del mismo, dando la espalda al semicírculo de columnas de piedra. El matrimonio se colocó a los pies de la losa, en tanto que Felton se acercaba a ella.

La joven tomó un objeto de la bandeja de piedra que portaba el individuo. Lo hizo con gesto mecánico, maquinal, completamente independiente de su voluntad. Algo centelleó en sus manos.

Tragué saliva. Ella iba a ser la sacerdotisa de aquel culto sangriento, ella iba a ser quien degollase a la víctima. Pero ¿dónde estaba la víctima?

De repente, dos hombres, sin duda los mismos que habían estado excavando la tumba, aparecieron ante mi campo visual. Eran portadores de un extraño bulto de forma alargada y subían la pendiente sin ninguna prisa. El bulto no se movía.

Mi nuez subió y bajó con movimientos espasmódicos. ¿Quién era la persona narcotizada que iba a ser sacrificada?

Durante unos momentos, unos instantes terribles, permanecí como atontado, hipnotizado por el espeluznante espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos. De pronto, sentí la urgente necesidad de hacer algo, de evitar aquel crimen que se iba a cometer ante mis ojos.

Di media vuelta y eché a correr, pero me había olvidado de la pierna lisiada y caí de bruces al suelo. Mi cabeza chocó contra algo duro antes de que pudiera evitarlo, una de las bases del dosel del lecho, con toda seguridad.

Sonó un espantoso trueno en el interior de mi cráneo. Luego, todo se hizo oscuro y tenebroso a mi alrededor.

CAPÍTULO IV

Me desperté a la mañana siguiente, fresco y descansado, como si no me ocurriese nada. El sol entraba a raudales por la ventana y todo hacía presagiar un día espléndido.

Permanecí unos momentos en el lecho, gozando de un estado de semivigilia que me resultaba sumamente agradable, retardando en lo posible el momento de despertarme. Dentro de poco, mi enfermera, la señorita Sitkins, entraría en el consultorio y empezaría a preparar las cosas para la visita cotidiana. Yo debería saltar del lecho, correr hacia el baño y...

Terminé de despertarme de modo brusco. ¡No estaba en mi casa!

Recorrí con la mirada el ambiente que me rodeaba y que había tomado un cariz distinto con la llegada del nuevo día. Dos o tres gruesos troncos ardían alegremente en la chimenea y la viveza de sus llamas me indicó que el fuego había sido encendido no hacía mucho.

Súbitamente recordé los acontecimientos de la noche anterior.

¿Se había realizado el sacrificio?

Sin poder contener mi impaciencia, salté del lecho y desnudo y descalzo, corrí hacia la ventana.

Sí, allí estaban los monolitos prehistóricos y el altar de piedra donde la noche anterior se había consumado un sacrificio humano. Pero de la tumba no hallé el menor rastro.

La fosa debiera haber estado, según mis recuerdos, a unos diez o doce metros del altar, entre éste y el edificio. Cuando se excavaba una tumba y luego se recubre con la tierra que se ha extraído del hueco practicado, siempre queda después una pequeña elevación sobre el terreno.

Sin embargo, no pude ver la menor señal de la tumba. El césped estaba completamente liso y aún brillaban en él las últimas gotas de escarcha que todavía no se habían disipado con los rayos del sol.

¿Había sido un sueño frenético, cuánto había visto, producto quizá de mi desbocada imaginación, influenciada acaso por el tétrico medio ambiente?

De repente recordé una cosa. Había caído al suelo y sufrido un golpe en la cabeza que me había privado del sentido. Debía haberme despertado en el suelo, pero en lugar de ello, había aparecido en la cama.

Me palpé la cabeza. Los dos chichones, el del accidente y el de la caída nocturna, estaban allí, aunque notablemente disminuidos de tamaño. Y la rodilla no me molestaba ya apenas.

¿Quién me había atendido durante el sueño?

Estaba seguro que, después de la horrenda ceremonia que se había celebrado en la cumbre de la colina, habían subido a visitarme, acostándose de nuevo. Un punto que parecía sobradamente aclarado.

Quedaba otro, sin embargo, sumido en una espesa niebla que no podía disipar por más esfuerzos que hacía. ¿Cómo era posible que en tan breves horas se hubiesen aliviado mis lesiones de modo tan rápido?

Me sentí incapaz de desvelar aquel misterio. En vista de ello y profundamente preocupado, me dirigí al baño.

Media hora más tarde, estaba ya listo y compuesto para salir. Hubiera jurado que me estaban espiando, porque casi en el mismo momento, tocaron unos nudillos en la puerta.

—¡Adelante!

Gerald entró, empujando un carrito para el té. Pero había algo más que pastas y té, había un sólido desayuno, tan apetitosamente preparado que sólo el verlo me llenó la boca de agua.

—Buenos días —saludó Gerald cortésmente—. ¿El doctor ha descansado bien?

—Perfectamente, muchas gracias, Gerald.

—Hace un día espléndido, doctor. —Gerald empezó a disponer la mesa con presteza y habilidad—. La señorita Van Kamm me ha encargado le salude en su nombre y me interese por su salud.

—Me encuentro muchísimo mejor —respondí, atacando el primer plato. ¿Por qué tenía aquel apetito tan feroz?—. Devuélvale los saludos con mi más sincero agradecimiento.

—Así lo haré, doctor. A propósito, su coche está ya reparado.

—Vaya. Ésa sí que es una buena noticia, Gerald. Muchas gracias.

—A usted, doctor.

Comí con el apetito de un caníbal. Al terminar, me sentí infinitamente mejor.

Allí ya no tenía que hacer nada, resolví. Cualquier cosa que deseara hacer, debería ser realizada fuera de la casa. Y pensaba hacerlo apenas llegase a Kirkaldy.

Una vez hube concluido, salí del dormitorio, dirigiéndome al piso inferior. Al ruido de mis pasos se abrió una puerta.

La silueta de la joven se apareció ante mis ojos. Ella me miró largamente en silencio.

—Señorita Van Kamm —dije—, le estoy muy agradecido por sus bondades. Quisiera corresponderle en algo, pero de momento me siento impotente para devolverle el favor. La única forma en que podría pagárselo, sería prestándole mis servicios profesionales, pero confío y deseo que eso no suceda nunca.

Ella sonrió pálidamente.

Su vestido era muy diferente del que había llevado por la tarde del día anterior. Era negro, muy ceñido a sus curvas macizas aunque no demasiado ampulosas, y con unos adornos muy extraños en el mismo. Era una especie de greca de oro, de unos diez centímetros de ancha, cuyos dibujos eran de lo más extraño que he visto en mi vida. La greca adornaba la parte del cuello, el borde de las mangas, que terminaban más arriba del codo, y el de la falda lisa y recta por completo. Su esbelto talle estaba rodeado por un cinturón con el mismo dibujo, con una hebilla de piedras preciosas de valor incalculable. Calzaba zapatos negros de tacón alto, lo cual la hacía parecer tan alta como yo, y llevaba el pelo recogido en un apretado nudo en la parte posterior del cráneo, cuyo nudo estaba atado por una cinta más delgada, pero con el mismo dibujo que las restantes orlas del vestido.

El conjunto era realmente fascinador y subyugante. Me hubiera estado contemplándola durante horas y horas, sin cansarme lo más mínimo. Era un espectáculo que, sin renovarse, parecía siempre distinto a cada segundo que transcurría.

Por fin habló.

—Me alegro de que se encuentre completamente restablecido, doctor. Gracias por sus buenos deseos —añadió.

¿Era posible que mujer tan encantadora hubiese degollado la noche anterior a una persona?

Instintivamente miré sus manos, como si esperase verlas manchadas de sangre. Claro que las tenía limpias, hubiera sido tonto esperar otra cosa.

—Lamento mucho abandonar esta casa, señorita —dije—. Créame que recordaré siempre con agrado los momentos pasados en ella.

—Me alegra mucho oírle hablar así, doctor.

—Bien, ya no tengo más que agregar, señorita Van Kamm. Si algún día, lo que Dios no quiera, necesitase usted de mis servicios, no olvide que tengo mi consultorio en King Street, 47, Kirkaldy.

—Gracias por la oferta, doctor Forrester.

Me tendió su mano, que encontré suave y cálida. Después, con una inclinación de cabeza, me despedí de ella.

Salí de la casa. El coche ya estaba dispuesto en la entrada.

Al dar la vuelta para enfilar el camino que conducía a la carretera de Kirkaldy, volví la cabeza un instante.

Ella estaba de pie, bajo el amplio dintel de la portalada de acceso a la mansión. Me miraba fijamente, como si quisiera taladrar con sus ojos el interior de mi cráneo.

Después, un grupo de árboles la ocultó de mi vista.

Durante unas cuantas millas rodé muy pensativo, rememorando punto por punto cuánto me había sucedido en aquella misteriosa mansión el día anterior. ¿Qué extraños secretos se guardaban entre aquellos espesos muros?

Un individuo encerrado y azotado con frecuencia, sacrificios humanos, hombres excavando una fosa que luego no aparecía... Era como para volver loco al hombre de más templados nervios.

De pronto, con un movimiento instintivo, como se realiza muchas veces, consulté la hora.

Por mi profesión, me es útil un reloj calendario, que marca las fechas en su esfera. Todo mi cuerpo sufrió una fuerte sacudida al ver el número que aparecía en el contador de los días.

Era la cifra 16.

Estaba positivamente seguro de ello. Cuando me ocurrió el accidente, estábamos a 12 de abril.

Entonces comprendí súbitamente por qué mis lesiones se habían

curado de modo que parecía milagroso. Y también comprendí los motivos de mi apetito de caníbal.

¡Había estado durmiendo tres días seguidos!

CAPÍTULO V

El inspector Deandrus me miró con aire reflexivo.

Alistair Deandrus y yo habíamos cursado juntos todos los estudios secundarios, hasta el momento de elegir una profesión. Entonces, mientras yo había derivado hacia la Medicina, él se había inclinado por el Derecho, aunque luego no había concluido la carrera, ingresando en la policía.

En su profesión había hecho una carrera rápida y brillante, alcanzando en poco tiempo el cargo de inspector jefe de las fuerzas policíacas de Kirkaldy. Era querido y apreciado por su celo, honestidad e inteligencia y, aunque por motivos de nuestros respectivos trabajos nos veíamos escasamente, la amistad iniciada en el colegio secundario había perdurado a través de los años.

—Todo eso que me cuentas es muy extraño, Jonathan —me dijo—. ¿No será producto de tu imaginación?

—Alistair, hay ciertas cosas con las cuales no es prudente bromear —respondí envaradamente.

—Lo sé, lo sé —dijo mi amigo—. Sin embargo, me es difícil intervenir, a menos que se trate de un caso concreto. En primer lugar, tú no viste cometer el homicidio; sólo lo supones, dado el escenario y los actores. En segundo..., ¿estás seguro de que el bulto que transportaban aquellos dos hombres era el de una persona?

Me quedé mirando a mi amigo con aire incrédulo.

—¿Y qué otra cosa podría ser, Alistair? —pregunté.

Como buen policía, Deandrus era un cachazudo. Era de los que en una carrera entre una tortuga y una liebre apostaría siempre por la tortuga, seguro de recobrar su inversión con creces. Cargó su pipa con toda tranquilidad, la encendió, chupó varias veces y luego reanudó su charla.

—Mi querido amigo, tú sabes que las leyes aquí son inflexibles cuando se trata de una vida humana. Es posible que esos individuos

sean unos adeptos de la religión druídica, que les ordena realizar sacrificios humanos en el plenilunio. Pero conviene no olvidar que estamos en pleno siglo xx y que, aún aceptando el hecho de que cada persona puede creer como se le antoje, no es permisible la celebración de unos cultos con sacrificios humanos.

»Es posible que esas personas hayan tenido en cuenta tal circunstancia y no quieran correr riesgos innecesarios, Jonathan. Por muy devotos que sean de su bárbara religión, estoy seguro de que lo son más de sus respectivas gargantas. ¿Te atreverías tú a jurar ante un juez y un jurado que el bulto que viste era el de una persona?

—A mí me lo pareció...

—¡Alto ahí! Te lo pareció, pero no puedes asegurarlo. El fiscal más estúpido destruiría tu declaración con toda facilidad. *Supones* que se trataba de un sacrificio humano, pero no puedes afirmarlo. ¿Y si en lugar de sacrificar a una persona, sacrificaron un animal?

—¿Qué bestia tendría la forma de una persona? —rezongué, comprendiendo en el fondo las objeciones de mi amigo.

—Era de noche.

—Pero había luna.

—Era de noche, Jonathan, recuérdalo. Por mucha luz de luna que hubiese, la visibilidad no es tan perfecta como en pleno día. Éste es otro punto fácilmente rebatible. ¿Viste colgar alguna pierna, algún brazo, un miembro, en fin, fácilmente reconocible como perteneciente a alguna persona?

—No. Tengo una vaga idea de que el bulto estaba envuelto en alguna tela.

—Otro argumento a mi favor, Jonathan —repuso el policía, fumando impasiblemente de su pipa.

—Pero..., oí alaridos, latigazo... Quisieron narcotizarme...

—Eso no prueba nada. Si quieres, formula una denuncia, aunque de antemano te advierto que vas a correr el riesgo de un ridículo espantoso..., sin contar con una demanda judicial por difamación que, además de costarte posiblemente una buena suma en concepto de indemnización, te haría perder buena parte del sólido prestigio medico que has adquirido en los últimos tiempos. ¿Te sientes capaz de correr una aventura semejante sin una base sólida?

Moví la cabeza. Las razones de mi amigo eran más que

convincientes. Y, sin embargo, yo había visto bien, no se trataba de alucinaciones.

—Conforme —suspiré, resignándome—. Pero no podrás impedir que algún día me lance por el sendero de las investigaciones.

—Haz lo que quieras —dijo mi amigo, apuntándome con el cañón de su pipa—. Pero no te separes de la línea que marca la divisoria entre lo lícito y lo ilícito, ¿estamos?

—Procuraré no meterte en ningún lío, Alistair —dije—. Te aprecio demasiado para perjudicarte.

—Gracias, aunque, repito, tú serías más perjudicado que yo.

—Al menos, podrás hacerme un favor.

—¿Sí?

—Indaga algo acerca de la señorita Van Kamm. Verás, llevo en Kirkaldy siete años, es decir, casi desde el momento de terminar mi carrera. Y encuentro verdaderamente extraño no haber oído hablar de ella ni de su casa. Bien es cierto —agregué—, que mi labor me ha absorbido demasiado tiempo y que apenas si he dejado mi consultorio para unas cortas vacaciones, que sólo he podido disfrutar dos veces en esos siete años.

—De acuerdo, Jonathan. Te prometo hacer una discreta investigación y ya te comunicaré el resultado de la misma. ¿Satisfecho?

Sacudí la cabeza.

—No del todo, pero a veces es preciso conformarse con lo que se tiene.

Deandrus se echó a reír.

—Por lo que me has contado, esa señorita Van Kamm es lo suficientemente hermosa como para haberte sorbido el seso. Y ya estás en edad de abandonar tú pertinaz soltería y fundar una familia, Jonathan. No olvides que tus treinta años ya se quedaron atrás hace mucho tiempo.

—Menos de tres —repliqué, amoscado. Y Deandrus volvió a reír.

Dos semanas después, Deandrus me llamó por teléfono.

—¡Jonathan!

—Hola muchacho. Ya creí que te habías olvidado de mí.

—Me gusta hacer las cosas como Dios manda. Ya tengo el informe que me pediste. ¿Lo quieres verbal?

—Por supuesto. Habla, Alistair.

—Verás, la señorita Van Kamm reside en Aldersham Cottage, que tal es el nombre de la propiedad, desde hace solamente unos meses. Ahora bien, la casa y las tierras que la circundan han pertenecido desde siempre a su familia.

—El apellido suena a holandés o flamenco.

—Cierto. Su madre, sin embargo, muerta ya hace diez años, era una McVeld. Escocesa de pura cepa, cómo puedes ver. Se casó con Julius Van Kamm, y del matrimonio nacieron dos hijos: un varón, que se llamó como el padre, y ella, dos años menor que su hermano. Han vivido fuera de Escocia desde la muerte de la madre, en Amsterdam, hasta que hace un año, aproximadamente, falleció también el padre.

—Entonces vinieron a vivir aquí.

—Justamente.

—Pero yo no vi a su hermano —objeté.

—No hemos podido averiguar su paradero, aunque sí sabemos que en una ocasión viajó a las Indias holandesas, donde tenían intereses.

—¿Eso es todo, Alistair?

—Pues, no, hay algo más..., y ello me ha hecho pensar un poco. El agente que recogió los informes me habló de un tesoro escondido.

Solté un bufido.

—¡Tesoro! Eso ya no sucede en nuestros días, Alistair. ¿Qué clase de tesoro?

—No puedo decírtelo. Sólo sé que en Cupar le hablaron del tesoro. Fue un viejo lugareño, espoleado por unas cuantas jarras de cerveza y, cosa rara, el único que parecía saber algo del asunto.

Recordé. Aldersham Cottage estaba a diez millas de Cupar. No era extraño que alguien conociera algunos detalles sobre el caserón, y sus habitantes y sus particularidades.

—¿Y no pudo decir nada más? —pregunté.

—Pues, en cuanto hubo soltado la noticia, se tornó reticente y no quiso hablar más, a pesar de la oferta de una nueva jarra de cerveza. Mi agente, claro está, no pudo obligarle.

—¿Cómo se llama ese individuo?

Anoté el nombre: Mortimer McRoaldy.

—Habitualmente está en la taberna «El Zorro de Plata» —añadió

mi amigo.

—Yo hablaré con él —manifesté—. Quizá a mi quiera facilitarme algún detalle, mediante el abono de una pequeña gratificación, claro está.

—Eso ya es cosa tuya, Jonathan.

—Conforme. ¿Algo más?

—No, excepto que quizá te interese saber que tu dama tiene veintisiete años y que, realmente, es hermosísima. Me gustaría ser tu padrino de boda, Jonathan.

—¡Guasón! —dije. Y de repente, me acordé de una cosa—: Oye, su nombre. Yo no pude averiguarlo mientras estuve en el Cottage.

—Dobryna.

—¡Dobryna! —repetí—. Vaya un nombre raro.

—Eso me pareció a mí, pero no es un detalle esencial, Jonathan, ¿no crees?

—Claro. Bien, sólo me falta preguntarte por los McKearn y por Felton.

—Sobre éstos no puedo decirte absolutamente nada. Nadie los conocía en Cupar.

—Está bien, gracias por todo, Alistair.

—De nada. Ah, y cuidado con lo que haces, ¿eh? Me disgustaría enormemente tener que proceder contra ti.

—Duerme tranquilo, muchacho —contesté, colgando el teléfono.

Durante largo rato estuve pensativo, meditando en todo cuanto acababa de comunicarme mi amigo el policía.

Dobryna.

El nombre me agradaba. Lo repetí varias veces con delectación.

Pero lo que había sucedido allí me preocupaba sobremanera. ¿Qué habían sacrificado: una persona o una bestia?

¿Por qué los gritos y los latigazos?

¿Por qué tenerme tres días durmiendo?

¿Por qué...?

Pegué un fuerte puñetazo en la mesa, exasperado por aquellas preguntas a las cuales no podía hallar la respuesta adecuada.

¿Qué hacer?

¿Tomarme unas vacaciones e indagar por mi cuenta?

¿O enviarlo todo al diablo y procurar olvidarme de lo sucedido?

Mis dudas y vacilaciones fueron resueltas bruscamente del modo

más inesperado que hubiera podido imaginarme.

Sonó el zumbador del intercom.

Levante la palanquita.

—¿Señorita Sitkins?

—Doctor —dijo mi enfermera a través del aparato—, hay una dama que desea ser recibida. No tiene hora señalada, por lo que me permito consultarle a usted si la va a recibir.

Mire mi reloj. Tenía que acudir a una conferencia científica, pero me sobran todavía casi cuarenta minutos.

—Muy bien, hágala pasar, señorita Sitkins.

—Sí, doctor. —La voz de la enfermera sonó de nuevo a través del altoparlante, aunque no se dirigía a mí, sino a mi visitante—. El doctor Forrester la recibirá de inmediato, señorita Van Kamm.

CAPÍTULO VI

Apenas vi a Dobryna Van Kamm comprendí que ya no podría olvidar jamás a aquella mujer, aunque pasaran mil años. Hablando vulgarmente, aquello era el flechazo, amor a primera vista, lo que se quiera, en fin, pero amor loco y ciego por aquella mujer de belleza tan excepcional como turbadora. Si Dobryna me hubiese dicho: «Mata», habría matado sin vacilar; de ordenar robar o traicionar, hubiera robado o traicionado; cualquier cosa, en fin, hubiera hecho por ella.

Pero no me parecía mujer capaz de ordenar actos semejantes..., aunque el hecho cierto era que la había visto sacrificando, perdón, a punto de realizar un sacrificio ¿humano? No obstante, había algo en ella y en su forma de actuar que yo me proponía descubrir, costara lo que costara.

Avanzó hacia mí con paso grácil y armoniosa. Vestía discretamente, pero con elegancia, y todo su atuendo, incluidos los complementos, tales como zapatos, bolso y guantes, eran de la mejor calidad y, por supuesto, de una clase extraordinaria.

Sonrió suavemente.

—¡Cuánto me alegra volver a verle, doctor Forrester! —dijo, con su voz melodiosa y llena de musicales resonancias.

—El honor y la alegría son míos, señorita Van Kamm —dije, estrechando con discreta fuerza su mano—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias.

Abrí una cajita de laca, ofreciéndosela.

—¿Un cigarrillo?

Dobryna tomó un cigarrillo, con el extremo de unos dedos, esta vez cuidadosamente manicurados. Por lo visto, cuando salía de Aldersham Cottage se sometía a los convencionalismos, porque incluso iba maquillada, aunque sin exceso.

Encendimos nuestros respectivos cigarrillos. Mientras le ofrecía

fuego, me fijé en la única joya que llevaba.

Era un ópalo de fuego, una enorme piedra amarilla, que despedía vivos fulgores cuando incidía la luz sobre ella. Estaba rodeada por un cerco de malaquita negra, la cual, a su vez, estaba ceñida por un finísimo aro de oro que no tenía otro objeto que procurar una sujeción a la cadena de la cual pendía la joya, que descansaba sobre el esbelto y compacto busto de la joven.

—Recordará —empezó diciendo— que cuando estuvo en Aldersham Cottage, me ofreció sus servicios profesionales, aunque deseando no tener que ver llegada la ocasión.

—Así es, señorita Van Kamm —dije—. ¿Le ocurre algo?

—A mí no, aunque sí a un miembro de mi familia. Desearía que usted le examinase, doctor.

—¿Qué es lo que tiene?

Dobryna se mordió el labio inferior.

—Preferiría no explicárselo sino hasta el momento oportuno, aunque, desde luego, su padecimiento está relacionado con la rama de la medicina que usted practica.

—Bien —dije, meditabundo, recordando los alaridos y los latigazos que había oído encima de mi dormitorio—. ¿Es grave su dolencia?

—En ocasiones, doctor. Por regla general se porta pacíficamente, pero hay veces que se pone insoportable. Creo que con un tratamiento adecuado, podría curársele.

—Perdone la pregunta, señorita Van Kamm, pero ¿no le han examinado otros médicos con anterioridad?

—Sí, aunque todos ellos han coincidido en el mismo diagnóstico: incurable.

—Dígame usted el nombre de alguno de esos doctores, señorita.

Dobryna citó tres o cuatro. Un par de ellos eran verdaderas autoridades en la materia.

Se lo dije así, añadiendo:

—Cuando ellos dicen que no en un caso, puede usted tener la seguridad de que es «no», señorita Van Kamm.

El rostro de la joven se ensombreció.

—¿Tan pesimista se siente usted, doctor, aún sin haber examinado al enfermo?

—Verá —respondí—, a fin de cuentas sólo llevo siete años

practicando la siquiatria, aunque, forzoso es confesarlo, haya alcanzado cierto renombre. Pero esos dos médicos citados llevan treinta y tres años de ventaja en la especialidad. Comprenderá que ha de ser muy poco lo que ellos ignoren sobre la materia.

—Sí —concordó ella, muy apesadumbrada—. De todas formas..., ¿me hubiese gustado tanto que usted lo hubiera examinado!

—Bien —manifesté—, todo se puede compaginar, señorita Van Kamm. Iré al Cottage y examinaré a su hermano.

—¡Yo no he dicho que fuese mi hermano! —exclamó ella, vivamente.

—Perdón, quizá fue una sugestión mía. Sea como sea, examinaré a su pariente. —Consulté una agenda—. Pero no podré hacer nada hasta dentro de una semana.

Dobryna hizo un leve gesto de contrariedad. Al fin sonrió:

—Me imagino que usted también tendrá sus compromisos, doctor. De todas formas, muy agradecida.

—Al contrario, soy yo quien tiene que estarle agradecido, señorita Van Kamm. Usted me curó y me atendió, por cierto maravillosamente. Guardaré siempre un recuerdo imperecedero de mi estancia en Aldersham Cottage, se lo aseguro.

Mis últimas palabras fueron de doble sentido, pero ella no lo captó, o en todo caso, fingió no haber comprendido.

Sonrió, y ya iba a ponerse en pie, cuando, de pronto, dije:

—¡Un momento, por favor, señorita Van Kamm!

Ella me miró intrigada. Salí de detrás de la mesa y di la vuelta, acercándome a Dobryna.

—Lleva usted una joya muy extraña, señorita Van Kamm —manifesté—. ¿Me permitiría usted examinarla un instante más de cerca?

Dobryna se sintió un poco extrañada de tal petición, pero accedió. Echó las manos atrás y soltó la presilla que unía los dos extremos de la cadena de la cual pendía el ópalo, entregándome la joya sin más dilación.

Me senté en el borde de la mesa, un tanto oblicuamente a la muchacha, después de haber variado un tanto la posición de mi lámpara de despacho, situada al otro lado. Los rayos de luz incidían ahora sobre la joya, haciéndola arrojar fulgores de singular belleza

y luminosidad. Era realmente una piedra de fuego, como se llama al ópalo comúnmente.

Levanté el brazo derecho, sosteniendo la cadena con dos dedos, de modo que el ópalo colgase verticalmente. Di un suave toquecito a la joya con el índice de la mano izquierda y el ópalo empezó a girar.

—Es realmente fantástica —dije—. Jamás había visto una piedra semejante, señorita Van Kamm. ¿Puedo preguntarle dónde la adquirió? Si mi curiosidad resulta excesiva —le advertí—, no me responda.

Ella estaba sentada en un cómodo sillón, casi frente a mí. Me di cuenta de que tenía los ojos clavados en la piedra, la cual giraba de modo incesante, merced a continuos toquecitos con el índice.

—Es una herencia de familia, doctor —contestó.

—Dicen que el ópalo trae mala suerte. ¿Usted cree en ello o piensa que sólo es una superstición como otra cualquiera?

—No puedo asegurarlo, doctor; esto es algo que jamás me ha preocupado.

—Lo cual demuestra que tiene usted un espíritu fuerte y sin prejuicios. ¿Vendería la piedra si le hiciesen una proposición conveniente?

Miré a Dobryna con el rabillo del ojo. Ahora tenía la cabeza reclinada sobre el alto respaldo del sillón y las manos cruzadas sobre el regazo. Pero su vista no se apartaba del ópalo, el cual seguía girando incesantemente.

—No —contestó. Su voz se hizo distante y lejana de modo súbito.

—Es una lástima —dije—. Me hubiese gustado adquirirla. ¿De verdad que no la vende, señorita Van Kamm?

—No, doctor.

Sus ojos seguían fijos en el ópalo.

—Parece usted muy cansada —dije repentinamente—. ¿Ha experimentado algunas emociones fuertes en los últimos tiempos?

El ópalo continuaba girando. Giraba, giraba, giraba...

Dobryna se pasó una mano por la frente, como si quisiera alejar de sí funestos recuerdos.

—No sé —dijo vagamente—. No..., no creo...

—Su cara refleja cierta fatiga mental. ¿No le gustaría

desprenderse de ese lastre de su cerebro?

—Creo... que sí...

—Unos minutos de sueño la ayudarían a ello, señorita Van Kamm. Pruebe a dormir. No tenga miedo, soy su amigo.

Los ojos miraban el ópalo.

—Sí, usted es mi amigo.

—Entonces, duerma tranquilamente, señorita. No se preocupe de más. Relaje sus músculos, olvide todo y concéntrese en esta sola palabra: ¡Dormir!

El ópalo continuaba lanzando rayos de fuego.

—Dormir —repitió ella como un eco—. Dormir.

—Sí —dije—. Dormir. Duerma..., duerma..., duerma... Olvide todo..., todo..., todo...

Los ojos de Dobryna se cerraron de pronto. Incluyó ligeramente la cabeza a un lado, apoyándola en una de las orejas del sillón. Su cuerpo se relajó y su respiración se hizo acompasada, hecho que se podía comprobar en los suaves movimientos de ascenso y descenso de su busto.

Con gesto rápido, recogí el ópalo en el hueco de la mano, deteniendo sus movimientos. Me incliné hacia Dobryna. Dormía profundamente.

Levanté uno de sus párpados. No se movió siquiera.

—¿Me oye usted, Dobryna? —inquirí.



— ¿Me oyó usted?

—Sí, doctor —respondió con voz inexpresiva.

—Escuche, voy a hacerle unas preguntas. ¿Querrá contestarme?

—Sí, doctor.

—La persona a quien voy a examinar es su hermano, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Reside en Aldersham Cottage?

—Sí.

—¿En qué lugar del edificio?

—En su cuarto, naturalmente.

—¿Por qué lo tienen encerrado?

—No está encerrado.

—Yo sé que sí, Dobryna. Conteste la verdad.

—No está encerrado —repitió ella.

Reflexioné unos momentos. Debía formular la pregunta partiendo de otra dirección.

—Bien, no está encerrado de modo continuo, aunque sí en ocasiones, ¿verdad?

—Sí, eso es cierto.

—¿En qué época del año le encierran?

—En el plenilunio.

—¿Por qué?

—Lo ignoro, doctor.

Me mordí los labios. Las viejas leyendas aseguraban que el plenilunio afectaba a los dementes. ¿Se habría hecho esto realidad en el caso del hermano de Dobryna?

—Muy bien. Yo trataré de curarle. Usted quiere que lo cure, ¿no es así?

—Sí, doctor.

—Iré a Aldersham Cottage dentro de una semana. Entonces comienza el plenilunio y podré estudiar mejor la enfermedad de su hermano. ¿Le parece bien?

—Una idea magnífica, doctor.

—¿No me pondrán algún inconveniente a mi estancia allí?

—¿Quién?

—Pues..., qué sé yo —dije ambiguamente—. El señor o la señora McKearn, o quizá el señor Felton.

El cuerpo de Dobryna sufrió una fuerte sacudida.

—Nadie le pondrá el menor inconveniente, doctor.

—Ustedes tienen allí un monumento funerario parecido, aunque en menor escala, al círculo de piedras mágicas de Stohenenge.

—Sí, doctor.

—Allí se celebran ritos druidas en las noches de plenilunio.

Dobryna se estremeció de nuevo. Esta vez permaneció callada.

¿Era porque no quería contestar o porque mi frase no había sido pronunciada con sentido de interrogante?

—Responda —dijo imperativamente—. Se celebran ritos druídicos, ¿sí o no?

Los labios de la joven temblaron perceptiblemente.

—Sí.

—Y usted oficia en esos ritos, ¿no es así?

—Sí, doctor.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Insistí.

—Tiene que saberlo. Haga un esfuerzo, Dobryna. ¿Por qué oficia usted en esos ritos milenarios de los druidas?

—¡No lo sé, no lo sé! —exclamó, con gran agitación.

—Debe haber alguna razón, Dobryna. ¡Conteste!

Se movió en el sillón, muy inquieta.

—No puedo, doctor. Querría decírselo..., pero no puedo, no puedo.

Me mordí los labios. Empezaba a sospechar que la mente de Dobryna se hallaba bajo el influjo de una más fuerte no sólo que la de ella, sino también más que la mía.

—¿Celebran sacrificios humanos las noches de plenilunio?

—¡Doctor!

Su grito fue una súplica, un ruego, pero también, al mismo tiempo, una afirmación rotunda aún sin haber pronunciado la palabra sí.

Estaba terriblemente inquieta y su respiración se había hecho sumamente afanosa.

—Responda a mi pregunta, Dobryna. Celebran sacrificios humanos, ¿sí o no?

Sus labios se entreabrieron. Era evidente que quería hablar, pero una mente de fuerza poderosísima se interponía entre ella y yo.

—¡Conteste, Dobryna!

Su cuerpo se arqueó. Vi que sus labios se curvaban, tomando la forma peculiar propia de la sílaba «sí».

Pero antes de que pronunciara la sílaba en aquella ocasión fatídica, algo estalló con violencia.

Era uno de los cristales de la ventana. Algo penetró en la habitación, rodando por el suelo casi hasta mis pies.

Entonces Dobryna se despertó y lanzó un agudo grito.

CAPÍTULO VII

—¡Doctor! ¿Qué me ha sucedido?

Sus ojos aparecían muy dilatados y su pecho se movía espasmódicamente. La frente le brillaba un tanto, cubierta de una ligera película de transpiración.

La puerta del despacho se abrió de pronto.

—¿Qué ha sucedido, doctor? —preguntó la señorita Sitkins, muy alarmada.

Para entonces, yo ya me había situado al lado de la ventana cuyo cristal había sido roto de manera inoportuna.

Mi consultorio está situado casi al nivel de la calle, en el piso bajo del edificio donde habito. Es preciso subir una escalera de tres peldaños para llegar al portal de acceso a la casa, lo cual significa una diferencia de sesenta o setenta centímetros con la rasante de la acera. Por lo tanto, cualquier curioso, si así lo desea, puede asomarse por encima del antepecho y curiosear lo que sucede en mi despacho.

Ordinariamente, al llegar la noche, suelo correr unos espesos cortinajes que impiden toda visión desde el exterior. Por el día es suficiente con unos visillos de hilo, que permiten la entrada de la luz, aunque no dejan ver lo que ocurre en el interior del consultorio. Pero está claro, siendo de noche y no habiendo corrido los cortinajes, el hilo de los visillos era lo suficientemente tenue para permitir al individuo que había lanzado la piedra, presenciar con toda comodidad lo que estaba ocurriendo entre Dobryna y yo.

Ya no pude divisar a nadie. Quienquiera que hubiese sido el autor del lanzamiento y de la interrupción, se había dado a la fuga. Y por supuesto, resultaba imposible soñar siquiera con reanudar el interrogatorio.

Me volví hacia el interior del despacho, contemplado inquisitivamente por las dos mujeres, mientras mi mano derecha se

crispaba en torno al ópalo.

—No ha sido nada de particular, señorita Sitkins. Algún chiquillo, jugando, ha lanzado una piedra y roto un cristal. Tenga la bondad de avisar mañana al vidriero.

—Sí, doctor —contestó la enfermera. Tranquilizada, se retiró.

Tiré del cordón que cerraba los cortinajes. Luego volví a mi lugar anterior, empujando disimuladamente con el pie la piedra, de modo que quedase situada fuera del alcance visual de Dobryna.

Ella se pasó una mano por la frente. Estaba aún muy turbada, aunque era evidente que se recuperaba por momentos.

—¿Qué me ha sucedido, doctor? Me parece que he dormido un rato, ¿no es así?

—Ciertamente, señorita Van Kamm —respondí, adoptando un tono ceremonioso—. Pero no se preocupe por ello. La noté un poco fatigada y dejé que descansara mientras yo seguía trabajando.

—Espero no haberle causado ninguna molestia, doctor —sonrió.

—Por favor, señorita —dije—. Todavía no he empezado a pagar la deuda que tengo con usted. Oh, perdón, su ópalo. Me lo quedé yo mientras usted dormía.

Ella se colocó de nuevo la cadena que sostenía la joya en torno al cuello. Luego se puso en pie y me estrechó la mano.

—Así, pues, hasta...

—El jueves próximo, señorita Van Kamm. Ese día estaré sin falta en Aldersham Cottage.

—Le estaré esperando con ansia, doctor.

Acompañé a Dobryna hasta la puerta de mi despacho.

—Haré todos los posibles por sanar a su... pariente —manifesté, y tras una última y deslumbrante sonrisa por parte de ella, nos despedimos.

Al cerrar la puerta me entregué a unas cuantas manifestaciones de júbilo, que hubieran dejado boquiabierto a mi enfermera, de haberme visto pegar aquellos saltos de indio comanche. ¡Volvería a ver a Dobryna!

¡Estaba loco por ella, la adoraba, la amaba hasta las más íntimas fibras de mi ser! Y yo, tenía la seguridad, no le era indiferente. Un porvenir de rosada felicidad nos aguardaba...

Si conseguía una cosa.

Derrotar a la mente que, más poderosa que la de Dobryna y la

mía juntas, se había apoderado del lado síquico de la muchacha, teniéndola bajo su hipnótica sugestión casi en todo momento.

La sonrisa se borró de mis labios al recordar lo sucedido. Había estado a punto de vencer, pese a todo, de no haber sido por el inoportuno estallido del cristal que había despertado a Dobryna.

¿Quién había roto el cristal?

Mi descuido en cerrar los cortinajes me había costado caro. No obstante, había averiguado lo principal: en Aldersham Cottage se celebraban sacrificios humanos.

Y Dobryna era la sacerdotisa del sanguinario rito.

Pero, estaba seguro, no lo hacía porque practicara aquella bárbara religión, sino porque alguien la obligaba a hacerlo.

¿Quién?

¿Con qué motivo?

¿Qué provecho esperaba sacar de la muchacha al obligarla a llevar a cabo unos sacrificios humanos?

Una cosa había extraña en el fondo de todo aquel asunto. Cuando una persona muere, desaparece del mundo de los vivos. Y alguien tiene que estar enterado de tal desaparición.

Sin embargo, por lo que yo sabía, no se había denunciado ninguna desaparición en los últimos tiempos. Y debía haberse producido más de una, estaba seguro de ello. Cada veintiocho días se produce un plenilunio. ¿Quiénes habían sido los desdichados que habían muerto a manos de la joven?

Sentía que la amaba más y más a cada minuto que transcurría. Y estaba seguro de que la sangre que ella había vertido, no se debía a actos voluntarios, sino influenciados por una mente más fuerte que la de Dobryna. Pero, y ésta era la pregunta que constantemente me formulaba, ¿con qué objeto? ¿Qué fin perseguía el desalmado que así obligaba a la joven a cometer asesinatos tan repugnantes?

Entonces recordé una cosa: la piedra que había roto el cristal, y que, al advertir envuelta en un papel, había deslizado con el pie bajo la mesa.

Me agaché a recogerla. Rompí la cuerda que sujetaba el papel y alisé éste con la mano, apoyándolo sobre la mesa.

El papel contenía unas palabras escritas, un mensaje que resultaba altamente significativo.

«No aparezca por Aldersham Cottage o lo sentirá».

Naturalmente, la escritura era burda y con caracteres imitando a los de imprenta, tal como suele hacerse en esta clase de mensajes. Tampoco tenía firma, pero el autor no había querido recurrir en el caso presente a un truco demasiado gastado; al menos su ortografía era correcta.

Profundamente preocupado, doblé el papel, guardándolo en el bolsillo. Luego miré el reloj, advirtiéndome que iba a llegar tarde a la conferencia si no me daba prisa.

Era ya cerca de la media noche cuando regresaba a mi casa, pues a continuación de la conferencia había ido a ver a mi amigo el policía, con quién había sostenido una interesante y jugosa conversación.

Subí los escalones que accedían a la entrada del edificio. En aquel momento, oí un penetrante silbido, a la vez que algo se clavaba con gran fuerza en la madera de la puerta.

Me dejé caer al suelo, justo en el momento en que el silbido se repetía. Un segundo proyectil se hundió en la madera con seco chasquido.

Miré en todas direcciones. La calle estaba desierta... ¡No! ¡Allí corría una persona!

Me puse en pie, intentando lanzarme en persecución del individuo. Pero antes de que hubiera podido recorrer media docena de pasos, le vi saltar a un coche detenido a dos manzanas de distancia y desaparecer rápidamente de mi vista.

Regresé a casa, profundamente preocupado, porque no comprendía las causas de que me avisaran primero y luego intentasen matarme. Hubiera resultado más lógico el atentado en Aldersham Cottage, una vez violada la prohibición de ir allí, pero no antes de que el frustrado asesino supiese si iba a obedecer o no la orden contenida en su mensaje.

Y, ¿qué clase de arma había usado? Pronto llegué a una conclusión: aun el silenciador en una pistola produce algo de ruido. Era obvio, sobre todo después de un atento examen de los orificios causados por los proyectiles, que el arma empleada había sido una pistola o carabina de aire comprimido. A cien metros, el proyectil resulta inofensivo, pero a veinte o treinta, conserva todavía la suficiente energía cinética como para perforar los huesos del cráneo con toda facilidad. Y no pude por menos de estremecerme al pensar

lo cerca que había estado de morir.

No sentí en aquellos momentos miedo por mí, sino por Dobryna. Porque si no intervenía, ella seguiría practicando aquellos horribles sacrificios humanos y yo quería librarla del maléfico influjo que la poseía.

—¿Cómo podría conseguirlo?

Solamente de una manera: yendo a Aldersham Cottage.

CAPÍTULO VIII

Mientras rodaba en dirección a Cupar, porque antes de llegar a Aldersham Cottage quería practicar una discreta investigación, rememoré parcialmente el diálogo sostenido con Deandrus la noche en que estuve a punto de morir.

El policía se había mostrado todavía un tanto reacio a creer en mis manifestaciones. Hombre de cerebro simple, pese a su inteligencia, sólo creía en hechos concretos, palpables e irrefutables. Las manifestaciones físicas eran para él chino o poco menos.

—No estoy muy seguro de que la chica no te haya estado tomando el pelo —refunfuñó, cuando le hube explicado de pe a pa todo lo que había sucedido en mi despacho.

—¡Alistair! ¿Vas a decirme ahora que no conozco mi oficio?

—No te enojas, Jonathan, por favor. Únicamente, quería decirte que bien pudo fingir ella quedar hipnotizada.

—¡Por favor! Sé cuándo una persona está hipnotizada y cuándo no lo está. Y Dobryna lo estaba, te lo aseguro.

—Aún así, no te contestó rotundamente a la pregunta más interesante del cuestionario.

—No tuvo tiempo, Alistair. Hay una mente que influye sobre ella y que es muy fuerte. Sin embargo, hubiera terminado vencéndola, a no ser por aquella inoportuna pedrada. ¿Y el mensaje? ¿Vas a decirme también que es apócrifo?

—Bueno —rezongó el policía—, quizá es que no les convenga que aparezcas por allí. Siempre hay chiflados con manías inofensivas.

—¿Manías inofensivas degollar a la gente en el plenilunio?

—Te estás excitando demasiado, Jonathan —dijo Deandrus—. Convendría que conservases la calma un poco mejor. Además, ¿sabes que te has hecho culpable de un acto delictuoso?

Miré a mi amigo con ojos atónitos.

—¡Alistair!

—No se puede obligar a una persona a ser hipnotizada contra su voluntad, Jonathan —dijo el policía sentenciosamente—. Las leyes lo prohíben; el hipnotizador puede emplear al sujeto como actor de hechos criminosos.

—¿Y qué es lo que hace Dobryna?

—Supones que lo hace, porque no puedes asegurar que lo hayas visto ni tampoco que ella lo haya afirmado rotundamente.

—Pero, Alistair...

—Te diré dos cosas, Jonathan, dos cosas que van en apoyo de mi tesis. En primer lugar, no ha sido denunciada la desaparición de ninguna persona en esta comarca en los últimos doce meses. Si se hubieran realizado esos sacrificios y enterrado luego a la víctima, alguien habría denunciado tal desaparición, ¿no crees?

—Hay muchos vagabundos que recorren los caminos de Inglaterra y que no tienen familiares a quienes...

—Segundo punto —continuó mi amigo, impasible—. Aunque tú puedas creer lo contrario, no he permanecido inactivo durante estas dos semanas. Una de las cosas que he hecho ha sido consultar con varios arqueólogos de renombre mundial. —Citó un par de ellos, para corroborar su palabra—. Todos ellos se han quedado enormemente sorprendidos al oír mis manifestaciones acerca del monumento druida de Aldersham Cottage, y todos ellos, asimismo, han coincidido en que era la primera noticia que tenían del citado monumento. Resumiendo: que los monolitos y el altar no existen.

Miré a mi amigo con ojos de loco.

—Pero ¡existe! ¡Yo mismo lo vi!

—Durante la noche...

—¡Y al despertarme, en pleno día, con un sol espléndido! ¡No puedo equivocarme, Alistair!

—Tú mismo me dijiste que te habían narcotizado tres días. Pudo ser una ilusión óptica causada por la droga.

—¡Y un cuerno! —respondí abruptamente—. Los monolitos y el altar están allí. ¿A quién vas a creer, Alistair? ¿A un grupo de viejas momias que no se han molestado siquiera en acercarse a Aldersham Cottage para comprobar tu información o a mí, que he visto claramente el monumento druídico?

—La competencia de esos arqueólogos...

—La competencia de esos arqueólogos, un rábano —gruñí, exasperado—. Escucha, Alistair, si no vas a creer en lo que te digo, mejor será que lo dejemos.

Y, efectivamente, lo habíamos dejado. Pero al día siguiente le había hecho venir para que viese los dos balazos incrustados en la madera de la puerta.

Esto le había hecho pensar mucho, aunque no me dijo cuáles eran sus ideas al respecto. Tomó unas notas, hizo extraer los proyectiles, me dijo que tuviese mucho cuidado y se marchó.

Y ahora estaba yo rodando en dirección a Cupar. Tenía que ver a Mortimer McRoaldy para que completara el resto de la información sobre el tesoro, información que había negado al agente de Deandrus.

Llegué a Cupar poco después de mediodía. Cupar es una localidad pequeña, tranquila, y no tuve gran dificultad en encontrar la taberna de «El Zorro de Plata».

Detuve el coche frente a la puerta de la misma. Abrí la portezuela y salté al suelo, cruzando el espacio que me separaba de la entrada de la taberna.

El local estaba casi completamente desierto a aquellas horas. Sólo había un par de viejos bebedores en un rincón, charlando apaciblemente, mientras fumaban sus viejas pipas.

Un hombre salió de un cuarto interior, situándose tras el mostrador. Me sirvió una jarra de cerveza espesa y muy fuerte, quedando luego frente a mí en actitud expectante.

Bebí unos sorbos de la cerveza.

—Hace un tiempo espléndido, ¿eh? —comenté indiferentemente.

—Sí, no es malo.

—Aquí, en esta comarca, debe parecer extraño ver el sol.

—Bueno, a todo se acostumbra uno.

Mientras nuestro diálogo se desarrollaba en términos tan banales, miré disimuladamente en torno mío. Por la descripción que me había hecho Deandrus, ninguno de los dos bebedores podía ser McRoaldy.

Al fin decidí dejar de lado los rodeos.

—Escuche, amigo —dije—, ando buscando a una persona. Me dijeron que podría encontrarla en esta taberna.

—Aquí viene mucha gente —dijo el tabernero suspicazmente—. Es el local más concurrido de todo Cupar.

—Lo celebro infinito. Entonces, usted conocerá sin duda a ese hombre a quien yo busco.

—Si me dice el nombre, es posible que pueda complacerle, caballero.

—Mortimer McRoaldy.

El rostro del tabernero se ensombreció.

—Pues sí que anda usted bien de noticias —gruñó.

—¿Por qué lo dice? —inquirí, muy intrigado.

—Pero ¿es que no lo sabe? McRoaldy murió hace tres días.

Sentí un extraño vacío en el estómago. ¡McRoaldy, muerto!

No obstante, traté de disimular.

—Claro, el pobre era tan viejo...

—No hay vejez que valga cuando a uno le abren la cabeza con una piedra, amigo —dijo el tabernero, secamente.

Miré al individuo con aire incrédulo.

—¡Lo asesinaron!

El tabernero escupió a un lado.

—Mire usted, caballero. La policía dice que se trata de un accidente, ya que su cuerpo apareció al pie de unos cantiles. McRoaldy era muy bebedor, y además, tenía muchos años, ¿sabe usted? Ésa es la tesis de la policía, pero no han querido fijarse en dos detalles.

El tabernero empezó a contar con los dedos.

—Uno: McRoaldy no se acercaba por aquellos cantiles hacía más de veinte años. ¿Por qué iba a quebrantar ahora aquella norma? Dos: en los últimos días, se le había visto hablando con algunos forasteros. De repente apareció con bastante dinero en su bolsillo, él que se gastaba en cuatro días su pensión de pescador. ¿A qué se debe todo eso? ¿Qué es lo que significa?

El individuo me guiñó un ojo.

—Piense usted un momento y saque sus propias conclusiones, señor.

—Así, pues, usted opina que McRoaldy murió asesinado.

—Cierto. El suelo de los cantiles es muy blando. Podría haberse roto el cuello, pero la altura no es tanta como para abrirse la cabeza como un huevo cascado, no, señor.

—Y, ¿de quién sospecha usted como su asesino?

—Psé... Fueron cuatro personas con quienes le vieron. Primero uno, luego otro..., y después una pareja. El era muy pequeño en tanto que su esposa parecía uno de los granaderos que hacen guardia en Buckingham Palace.

«Los McKearn», pensé inmediatamente.

—¿Cómo eran los otros? —pregunté.

Al uno no le conocía. Debía ser, sin duda, el agente de Deandrus. La descripción del otro correspondía enteramente con las características físicas de Felton.

El tabernero ya no podía decirme nada más, así que dejé un billete de una libra sobre el mostrador.

—Guárdese la vuelta, amigo. Sus informes han sido muy interesantes.

—¿Es usted del Yard? —preguntó el hombre ansiosamente.

Hice un gesto ambiguo. La investigación de los crímenes compete exclusivamente a las policías locales; pero cuando el hecho resulta demasiado complicado, no es extraño que se pida ayuda a Scotland Yard, que no la niega nunca. El tabernero sonrió comprensivamente y volvió a guiñarme el ojo con aire cómplice, después de lo cual abandoné el establecimiento.

Una hora más tarde me hallaba en presencia de Dobryna.

CAPÍTULO IX

La joven me acogió con efusión no disimulada. Y en cuanto a mí..., bueno, mi corazón se desbocó y empecé a preguntarme por qué a los treinta y tres años me portaba como un chico de dieciocho ante su primer amor.

—Me satisface enormemente volver a verle, doctor, —dijo cálidamente.

—Celebro mucho su forma de pensar hacia mí, señorita Van Kamm —respondí sonriendo—. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, doctor. Venga conmigo. Le serviré una taza de té. O —preguntó con cierta malicia—, ¿preferiría una copa de buen *whisky* escocés?

—Lo segundo, si no le molesta, señorita Van Kamm.

Dobryna me guió hasta el salón, en donde me sirvió una buena dosis de un magnífico *scotch*, que sabía a gloria. Ella tomó una copita de benedictine suave, y durante unos momentos guardamos un discreto silencio.

Al fin, Dobryna dijo:

—¿Representa para usted mucha extorsión tener que abandonar su consultorio para atenderme exclusivamente?

—En absoluto, señorita. He dicho que me tomaría unas vacaciones de modo que por ese lado puede permanecer tranquila. ¿Qué tal se encuentra su pariente?

—Lleva una temporada muy normal —contestó ella. Su rostro se ensombreció de repente—. Claro es que todavía faltan cuatro días para el plenilunio.

—Sinceramente, ¿cree usted que la luna llena afecte a la razón de su familiar?

—No puedo contestar sino de acuerdo con los hechos, doctor.

—Entiendo. De todas formas, me agradaría verle y charlar con él antes de que pierda de nuevo su estabilidad síquica. ¿Dónde está?

—Cazando —replicó Dobryna, sorprendentemente.

—¡Cazando! ¿Es posible que dejen a un demente suelto por ahí con un arma en la mano?

La respuesta a mi pregunta fue una doble detonación que sonaba no demasiado lejos del Cottage, a unos tres o cuatrocientos metros de distancia.

—¿Por qué no? —replicó ella con acento sosegado—. Mi pariente no es loco sino en una fecha fija. En todo lo demás, razona como una persona absolutamente normal.

—De todas formas, opino que un arma de fuego en manos de un perturbado mental, aunque su perturbación sólo le asalte con intermitencias periódicas, es un peligro. Vamos a quitarle el arma. ¿Quiere usted guiarme?

Ella se mordió los labios. Vaciló unos momentos y, al fin, accedió:

—Conforme.

Salimos de la pieza. En el vestíbulo nos encontramos con Felton.

—Ah, hola, doctor —exclamó el individuo, saludándome con cierto calor—. Me alegro de verle por el Cottage. ¿Cómo usted por aquí?

—En estos momentos soy el feliz invitado de la señorita Van Kamm, señor Felton.

—¿Muchos días, doctor? —preguntó el individuo negligentemente.

Miré a Dobryna.

—Una semana, Asser —respondió ella.

—Espléndido, magnífico. Pues, nada, doctor, celebro verle de nuevo entre nosotros. Hasta la vista.

—Hasta la vista, señor Felton.

Dobryna y yo salimos de la casa. Ella echó a andar con paso ligero y elástico, no carente de gracia, guiándome en dirección al arroyo que pasaba a medio centenar de metros de la casa. Atravesamos el puentecillo y nos adentramos en el espeso bosque de pinos gigantes que ya conocía.

Una suave penumbra nos envolvió al instante. Del suelo, calentado por el influjo de los rayos solares durante todo el día, se elevaba una tenue neblina que difuminaba los contornos de los objetos, proporcionándoles una apariencia casi irreal.

Otros dos disparos sonaron al lado opuesto del bosque.

Dobryna varió la dirección de su marcha, encaminándose al lugar donde habían sonado las detonaciones.

El bosque ocupaba la mayor parte de una colina muy poco elevada, una especie de cerro suavemente redondeado cuya altura era menor, sin embargo, que la del torreón del Cottage. Los pinos eran muy altos y sus troncos, rectos y cilíndricos, parecían columnas de una extraña catedral, a través de la cual se filtraban con notoria dificultad los rayos del sol en su declive, causando unos efectos de luz y sombra realmente impresionantes por su belleza.

Dobryna se detuvo de pronto, desconcertada.

—No le veo —dijo, mirando en todas direcciones con expresión ansiosa.

—Dejémosle —sugerí—. Quizá me he precipitado al obrar de este modo.

Ella me miró curiosamente.

—Doctor —dijo de pronto—, usted sospecha algo.

—¿Por qué lo dice; señorita Van Kamm?

—Me parece recordar... aunque no estoy segura de ello. Tengo la sensación de haber hablado con usted de cosas muy íntimas.

—No creo —dije yo.

Dobryna se pasó una mano por la frente.

—Esa sensación no me abandona —murmuró—. A veces creo que se trata de una pesadilla, pero otras... Tengo la sensación de haberme quedado desnuda ante usted, psíquicamente, se entiende; de haberle abierto los secretos de mi mente..., pero no puedo afirmarlo. Ni siquiera acabo de creerlo yo misma, doctor.

—Bueno, en realidad lo que le sucede a usted es lo mismo que nos pasa cuando nos presentan a una persona y creemos haberla visto antes en algún otro sitio. Es una sensación meramente subjetiva, producto de una leve hiperestesia de nuestra psiquis y que, puede estar segura de ello, carece de importancia en absoluto.

»Usted —proseguí—, cree haber sostenido una dilatada conversación conmigo, franqueándome y exponiéndome todos sus problemas que, sinceramente, no son graves ni mucho menos insolubles. Es muy posible que haya soñado en efecto, y que en ese sueño haya tenido yo participación activa como su interlocutor. No obstante, le conviene tener en cuenta que de la inmensa mayoría de

nuestros sueños no conservamos el menor recuerdo y de otros muchos, sólo resta una vaga idea de lo que nos ha ocurrido mientras dormíamos, un recuerdo que, en realidad, es algo que está a caballo entre la ficción del sueño y la realidad de la existencia física. A usted le ha debido suceder una cosa parecida y —terminé con una sonrisa— lo mejor que puede hacer es olvidarlo y no preocuparse más de ello.

Dobryna sonrió. Cuando su rostro se iluminaba con una sonrisa, borrando de sus facciones la gravedad de las sombras que lo cubrían casi constantemente, adquiriría una expresión tan completamente distinta que hubiera podido decirse que era otra mujer. ¿Desdoblamiento de personalidad?, pensé, recordando algún caso similar en los cuales había intervenido en mi calidad de psiquiatra.

En tal caso, era un desdoblamiento casi instantáneo y en plena lucidez, caso rarísimo e infrecuente. No obstante, fuera lo que fuera, yo estaba decidido a averiguarlo y a arrancarla de las garras de aquel horror que palpitaba en su subconsciente.

—Es posible que sea como dice, doctor —manifestó ella, cuando hube terminado mi parlamento—. De todas formas, lo mejor que puedo hacer es seguir su consejo.

—Sin embargo, en el caso de que tuviera alguna preocupación, puede decírmelo con franqueza. Piense que soy un médico y que un médico, en cuanto atañe a su profesión, es un confesor; nunca revela los secretos que a él le son revelados por sus pacientes.

Su seno se agitó levemente, dándome la sensación de que mis palabras la habían alterado un tanto.

—Creo que no, por ahora, doctor —respondió. Pero su voz era insegura. ¿A qué o a quién temía?

—Mucho mejor que sea así, señorita Van Kamm. Y ahora que ya hemos descansado un poco, ¿quiere que sigamos la búsqueda?

Dobryna vaciló ligeramente. Estaba frente a mí, contemplándome con fijeza casi hipnótica, pero tan maravillosamente hermosa como siempre. Un rayo de sol le daba de espaldas, aureolando la cabeza de una manera singular, lo cual proporcionaba un atractivo extraño y turbador, pero lleno de encanto, a su rostro y a su espléndida silueta. Parecía como si quisiera confiarse en mí, pero, al mismo tiempo, su mente estuviese

retenida en las garras psíquicas de otra persona. En lo espiritual, daba la sensación de ser una niña perdida en el bosque y temerosa de los ataques de los lobos voraces y hambrientos.

Mas no había lobos físicos, aunque sí cerebrales. Era una mujer sumida en la niebla de un poder oculto que la dominaba, encerrándola en sus mallas de fuerza psíquica, irrompibles e indestructibles, a menos que se destruyera el cerebro que había tejido aquella red en torno a la mente de Dobryna.

De pronto, el encanto se rompió.

Sonaron dos disparos a menos de cien metros de distancia.

—¡Es Julius! —exclamó Dobryna, volviéndose hacia el lugar donde habían estallado las detonaciones.

Yo no miré en aquella dirección. Tenía algo más interesante en que ocupar mis ojos y que no era, por desgracia, la figura de la joven.

Se trataba del redondo orificio que una bala había abierto en la corteza del árbol junto al cual me hallaba.

CAPÍTULO X

Dobryna se volvió hacia mí.

—¡Doctor, ahí viene mi herm...!

Y se interrumpió.

—¿Qué le sucede? —exclamó, vivamente alarmada al observar mi actitud.

Hice girar mi cabeza con gran esfuerzo.

—Venga aquí, se lo ruego.

Dobryna obedeció con el temor reflejado en sus hermosos ojos. Con el dedo índice le señalé el orificio de la bala en el tronco del árbol.

—¿Qué clase de arma emplea su hermano para cazar, señorita Van Kamm? —inquirí con expresión dura.

—Pues, una escopeta de caza... Oh, Dios mío, ¿no irá usted a sospechar de Julius? El sería incapaz de matar a una mosca.

—Estamos hablando de un perturbado y los perturbados son capaces de realizar los hechos más sorprendentes, señorita —respondí.

—Pero, eso no puede ser, doctor —exclamó Dobryna, a punto casi de llorar.

—He oído perfectamente el silbido de la bala y el sonido de su impacto en el árbol, lo cual significa que no soy hombre dado a fantasías, señorita. Y, hablando de otra cosa, ¿por qué no ha querido usted decirme que el enfermo en cuestión es su hermano?

Dobryna enrojeció vivamente. Bajó los ojos, entrelazando los dedos con gesto nervioso.

—No lo sé —murmuró—. Quizá era porque me avergonzaba de su dolencia.

—¿No habrá alguna otra razón? —pregunté suspicazmente.

—Le aseguro que no, doctor. —Y en aquel momento, oímos la voz alegre de un hombre que se acercaba a aquel lugar.

—¡Dobryna!

Nos volvimos simultáneamente hacia el individuo que había llamado a la joven. Éste avanzaba hacia nosotros con una escopeta de caza al hombro.

En menos de un minuto se halló a nuestro lado. Julius Van Kamm era un muchacho alto, atlético, de buena presencia, cuyo parecido físico con Dobryna era notable.

La muchacha hizo las presentaciones. La mano de Julius hizo casi crujir los huesos de la mía.

—Encantado de conocerle, doctor Forrester —dijo—. ¿Un psiquiatra en Aldersham Cottage? ¡Esto es espléndido! ¡Haber si arregla usted esa colección de chiflados que andan por ahí, empezando por mi linda hermanita!

—¡Julius! —protestó ella vivamente, mientras que el joven, cuya edad debía frisar en los treinta años, reía a carcajada limpia.

—No te enfades, Dobryna —exclamó Julius de buen humor—. En lo que se refiere a ti, es pura broma. De los otros, alguno, la verdad, necesita una buena limpieza de cerebro.

—Suele decirse lavado de cerebro —sugerí.

—No, no —protestó Julius con vehemencia—, limpieza. Y limpieza a fondo. Pero bueno, supongo que ya ve usted bastantes tíos chiflados en su consultorio para que venga a ocuparse de los tres o cuatro que hay en el Cottage. Déjelos con sus manías, son inofensivos. Dobryna, ¿vamos a casa? Pronto se hará la hora de la cena, y yo tengo un apetito fenomenal.

Dobryna fue a contestar algo, pero entonces yo me adelanté.

—Por favor, señor Van Kamm —dije—. ¿Me permite usted que examine su escopeta?

El joven me contempló con aire reticente. Después, encogiéndose de hombros, me entregó el arma.

Hice bascular los cañones. Todavía estaban dentro de los mismos los cartuchos recientemente consumidos. Y el calibre del arma era superior al del proyectil que acababan de dispararme, era algo que se advertía a simple vista.

No, Julius no había sido el que había tirado contra mí. A menos que hubiese empleado aquella carabina de aire comprimido cuyos efectos ya conocía, dejándola escondida luego en algún matorral y recobrando su escopeta. En tal caso, tenía que haber actuado muy

rápídamamente, porque según me había parecido, los disparos y el impacto se habían producido de manera simultánea.

Devolví el arma, empleando la mejor de mis sonrisas.

—Un millón de gracias —dije. Y acto seguido, emprendimos el regreso al Cottage.

Unas horas más tarde nos reunimos en el comedor para la cena, la cual se desarrolló sin ningún incidente. Después de tomar los licores en el salón, nos despedimos, encaminándonos a nuestras habitaciones respectivas.

Antes de acostarme, sin embargo, quise fumarme un cigarrillo. Lo encendí y, con él en la mano y la luz del dormitorio apagada, me acerqué a la ventana.

La luna había salido ya. Todavía estaba en el creciente, aunque su redondez era casi perfecta. Cuatro noches más y habría alcanzado su fase de plenilunio.

Contemplé el monumento druídico. Solté una leve risita sin poder contenerme. ¡Los arqueólogos sostenían que no existía tal monumento! Bueno, dicen que los médicos de locos acaban contagiándose de sus pacientes al cabo de los años, pero yo llevaba todavía pocos en la especialidad. Y mi vista era magnífica, de modo que no podía engañarme. La docena de monolitos, con el altar en el centro del semicírculo que formaban, estaba frente a, mí, a una distancia de veinticinco a treinta metros. Y la luz del satélite era lo suficientemente intensa como para no permitir ilusiones ópticas.

Súbitamente se me ocurrió una idea. Y decidí que lo mejor era ponerla en práctica sin tardanza.

Rebusqué en mi equipaje hasta encontrar una diminuta lámpara a pilas, que eché en mi bolsillo. Después me dirigí hacia la puerta, saliendo del cuarto con toda naturalidad. Si alguien me encontraba, siempre podía decir que salía a dar un paseo por el campo.

En realidad, mis intenciones eran muy otras. Bajé las escaleras, atravesé el vestíbulo y abrí la puerta.

Unos instantes más tarde me hallaba en el exterior. Caminé tranquilamente, sin prisas, como la persona que, efectivamente, quiere darse un paseo para disfrutar de la noche. Llegué al arroyo, atravesé el puente y me dirigí al bosque, aunque tomando una dirección distinta de la que habíamos llevado Dobryna y yo por la tarde.

Después de unos momentos de marcha, me detuve. Fruncí el entrecejo unos segundos, tratando de calcular el lugar donde habían sonado los dos últimos disparos. Cuando estuve seguro de su situación aproximada, empecé a buscar por el suelo, ayudándome para ello del estrecho rayo de luz de la linterna.

Estuve así un buen rato, escrutando minuciosamente los menores detalles: hoyos, matorrales y cualquier lugar, en fin, que sirviera para esconder lo que yo buscaba.

Mi paciencia se vio recompensada al fin. Un objeto metálico brilló de repente al recibir de lleno los rayos de luz de mi lámpara.

Me agaché para tomarlo y en aquel momento escuché un leve ruido a mis espaldas.

Mi reacción fue instantánea: apagué la linterna en el acto, a la vez que me dejaba caer a un lado, rodando sobre mí mismo un par de veces en el suelo.

Algo siseó profundamente, golpeando el césped con terrible fuerza. La silueta de un hombre se alzó ante mí.



La silueta de un hombre se alzó...

4 - NIEBLA

El hombre tenía en la mano un pesado bastón, con cuyo puño había pretendido golpearme en la cabeza. De haberme alcanzado, mi cráneo habría estallado como un tomate maduro.

Traté de ponerme en pie. El individuo se lanzó de nuevo contra mí, blandiendo el bastón que tenía empuñado con dos manos por la

parte de la puntera. El pesado puño de aquel arma improvisada me golpeó el hombro izquierdo y aunque el golpe fue de refilón, bastó para inutilizarme el brazo de aquel lado.

El individuo estaba decidido a eliminarme al precio que fuera. No pronunciaba una sola palabra, aunque sí se percibía claramente su jadeo mientras peleaba sañudamente conmigo.

Recibí un bastonazo en el costado izquierdo que me hizo lanzar un gemido de dolor. Recuperándome, disparé mi puño derecho, alcanzándole en el hombro y haciéndole dar dos vueltas sobre sí mismo.

Mas no por ello soltó el hombre el bastón. Volvió a hacer molinetes con el mismo, buscando un punto descubierto para alcanzarme en la cabeza.

Retrocedí mientras lo miraba a los ojos, como tratando de adivinar sus intenciones. De pronto, mi pie derecho se enredó en una raíz que sobresalía y caí de espaldas sobre la hierba.

El asesino se arrojó sobre mí. Tuve tiempo de encoger las piernas y recibirle con los pies en alto, haciéndole dar una voltereta por encima de mi cabeza que lo lanzó a dos o tres metros de distancia. El golpe pareció aturdirle momentáneamente.

Entonces sentí bajo mi brazo el contacto de algo duro. Lo toqué con la mano: era la carabina de aire comprimido.

Agarré el arma con las dos manos, pues mi brazo izquierdo iba recuperando ya la libertad de movimientos. Giré en redondo, enfrentándome con el individuo, que ya cargaba contra mí.

—¡Quieto! —dije en voz baja, aunque claramente perceptible—. ¡Quieto o dispararé!

El hombre no se arredró al oír mi intimación. Una vez más levantó el bastón.

Apreté el gatillo de la carabina. Francamente, no creía que pudiera salir de allí ningún proyectil. Pero salió.

Hubo una especie de chasquido, muy parecido al de una botella de champaña al destaparse, aunque de un volumen sonoro infinitamente menor, un corto silbido y luego un blando ¡ssschap! de trémulos siniestros.

El asesino se detuvo en seco. Aún tenía el bastón en alto.

Su cuerpo sufrió una terrible convulsión. Las manos le descendieron lentamente, a la vez que las rodillas se le doblaban.

Tocó el suelo con las mismas y luego hundió su cara en el césped. Pegó unas cuantas patadas y luego murió.

Murió, sí, porque cuando me hube recobrado lo suficiente como para acercarme a él y tomarle el pulso, su corazón se había detenido.

CAPÍTULO XI

Durante unos momentos, permanecí clavado en el suelo, contemplando con aire estúpido el cadáver del individuo.

Pensé en mi situación. Había matado a un hombre. Siempre podría alegar en legítima defensa. Pero ¿quién iba a creer semejante argumento, cuando yo había dispuesto de una escopeta de aire comprimido y el muerto de un simple bastón, por muy duro y pesado que éste fuera?

Mi postura, en aquellos momentos, no tenía nada de agradable. O denunciaba el hecho y me vería metido en un buen lío, o escondía el cadáver para que no fuese advertido el suceso. En tal caso, ¿dónde ocultarlo?

Miré en todas direcciones. El bosque era inmenso y en algunos lugares crecían frondosos matorrales. Podían pasar meses y quizá años antes de que nadie se le ocurriese pensar siquiera en buscar por un paraje semejante el cadáver de un individuo.

Decidí que esta solución era la mejor. Claro, que sus cómplices notarían en falta, pero si no encontraban el cuerpo, de poco valdría acusarme. Además, tampoco creía que ello les conviniese mucho en aquellos momentos.

Resuelto a poner en práctica mi plan, iba ya a coger el cuerpo en mis brazos, cuando, de pronto, oí ruido a mis espaldas.

Me volví rápidamente, dispuesto a pelear de nuevo.

Pronto pude advertir que no tendría que entablar una nueva lucha.

—¡Doctor!

Era Dobryna.

—Hola —rezongué, colocándome delante del cadáver, a fin de que la joven no pudiera verlo.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó ella.

—Contemplar el bosque a la luz de la luna, como usted supongo

—respondí.

—Se equivoca. Le buscaba, doctor.

—¿Qué? —exclamé sin poder contenerme.

—Así es —respondió ella—. Fui hasta su habitación y al ver que no me respondía a mis llamadas, le busqué por la casa. Finalmente se me ocurrió pensar que quizá estuviese dándose un paseo por los alrededores del Cottage.

—Sí, tenía ganas de hacerlo —respondí—. ¿Deseaba algo de mí, señorita Van Kamm?

Ella me miró largamente.

—Una cosa, doctor —contestó—. No crea usted que mi hermano es un asesino.

—Eso es algo que no puede afirmarse rotundamente mientras no posean las pruebas suficientes, señorita.

—Pero él no disparó contra usted, doctor —insistió Dobryna.

—Debería creerla, pero los acontecimientos me hacen desconfiar incluso de usted misma, señorita Van Kamm.

—¿A qué acontecimientos se refiere?

—¿Recuerde usted el cristal roto que la despertó en mi consultorio? Era una piedra envuelta en un papel y el papel contenía un mensaje en el cual se me recomendaba no aparecer por Aldersham Cottage. Aquella misma noche, alrededor de las doce, alguien atentó contra mi vida, disparándome dos tiros. Y, en fin, no hace mucho, un hombre me atacó con la sana intención de abrirme el cráneo con el puño de un bastón.

—¡Oh, no, Dios mío! —exclamó ella, aterrorizada—. ¿Y... y ese hombre?

Di un paso lateral, dejando el cadáver del individuo al descubierto. Dobryna exhaló un gemido y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Tuve que elegir entre su vida y la mía —dije con acento incisivo.

Permaneció unos momentos, en la misma posición, mientras su cuerpo se estremecía levemente. Luego se atrevió a mirarme.

—¿Cómo lo ha matado usted, doctor? —preguntó.

Me incliné y recogí la carabina de aire comprimido, que era muy parecida a una escopeta de caza de dos cañones, aunque de menor calibre y longitud. Casi parecía una pistola de cañón largo, y su

culata era desmesuradamente gruesa, sin duda para contener el aire que impulsaba el proyectil a lo largo del cañón.

—No salí a dar un paseo —manifesté—, sino a buscar el arma con la que dispararon contra mí esta tarde. Y cuando la había encontrado, este hombre, que sin duda me había seguido, me atacó.

Le enseñé también el bastón. El puño, de plata maciza, era una gruesa bola ricamente labrada y de gran peso. De haber conseguido su objetivo, los huesos de mi cráneo hubieran cedido con toda facilidad.

—Esto es horrible, doctor —exclamó Dobryna—. Jamás hubiera podido soñar que trataran de asesinarle. Pero ¿por qué?

—Hay alguien a quien no le interesa mi presencia en el Cottage, señorita Van Kamm. Y ese alguien es uno de los que viven en el mismo.

—¡Mi hermano no! —replicó ella con gran calor.

—Celebro infinito su fraternal cariño, pero las circunstancias, repito, me obligan a sospechar de todos. Una pregunta —dije de pronto, atacándola de un modo inesperado, por ver si podía obtener un resultado práctico—: ¿Ha oído hablar usted de la existencia de algún tesoro en el Cottage?

Los ojos de Dobryna se abrieron desmesuradamente.

—¿Tesoro? Doctor, ¿está seguro de lo que dice?

—Por completo.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Permítame que, por ahora, me reserve la fuente de mis informaciones. Responda a mi pregunta con toda sinceridad: ¿qué sabe de ese tesoro?

Ella irguió el busto.

—Concretamente nada, doctor.

Reflexioné unos momentos. Sí, había un medio de averiguar lo que yo quería saber, pero estimaba que me iba a resultar muy difícil hacerlo en la mansión. La mente que, según mis cálculos, influenciaba la de la joven, estaba allí activa y expectante, y no me permitiría una nueva sesión de hipnotismo con Dobryna como sujeto paciente. Si pudiera conseguirlo... Tendría que buscar el lugar y la hora adecuados, a fin de realizar un nuevo intento. Debiera haberlo hecho cuando ella estuvo a visitarme en el consultorio, pero el inoportuno lanzamiento de la piedra había

detenido la ocasión en el momento más crítico.

—Está bien —resolví al cabo—, la creo. Y ahora, por favor, voy a pedirle algo desagradable. Procure ser fuerte, se lo ruego.

Enfoqué el haz de rayos de la linterna sobre el rostro del muerto.

—¿Lo conoce usted?

Ella se estremeció fuertemente.

—Es Macon, uno de los criados del Cottage —manifestó, tratando de recobrarse de la impresión.

—¿Hace mucho que está a su servicio?

—Unos meses tan sólo, doctor.

—¿Quién lo contrató?

—Yo —respondió sin vacilar.

—¿Se presentó él o lo buscó usted?

—Necesitábamos un criado aquí. Puse un anuncio y Macon acudió a solicitar el puesto. Se le dio el empleo y eso es todo. Hasta el momento actual, no había tenido el menor motivo de queja, se lo aseguro.

—Está bien —mascullé—. Ahora ya no podemos hacer nada por él, sino ocultarlo.

—¿No va a avisar a la policía? —preguntó ella.

—¿La policía? Ni lo sueñe; en menudo lío me meterían. Le dejaré ahí, tras unos matorrales. Cuando aparezca su cuerpo, ya será tarde para que me relacionen con él.

Tenía mis propósitos acerca del asunto. Si Macon había obedecido a la mente que tenía prisionera psíquicamente a la joven, el propietario de dicha mente se sentiría desconcertado notablemente: primero, por el fracaso de su intentona contra mí, y segundo, por la desaparición de su esbirro.

Miré a Dobryna fijamente.

—Y una recomendación: no hable con nadie del asunto. Ni siquiera con su propio hermano, ¿estamos?

—Pero, doctor...

—Obedézcame —dije con voz tajante—. No mencione para nada lo que ha sucedido aquí esta noche.

—De acuerdo —respondió Dobryna mansamente.

Más tarde, en la soledad de mi habitación, tuve que reconocer que aquel problema presentaba varias facetas completamente distintas entre sí. Un individuo que enloquecía durante los

plenilunios. Los sacrificios humanos y un tesoro escondido. ¿Quién compaginaba las tres cosas, de las cuales sólo Dobryna parecía ser el nexo de unión entre ellas?

Después me dormí como un leño.

CAPÍTULO XII

A la mañana siguiente, después del desayuno, me dirigí al dormitorio de Julius Van Kamm. Entré, después de haber solicitado el oportuno permiso, y me enfrenté con el hermano de Dobryna.

—Hola, doctor —dijo alegremente—. ¿Qué tal?

—Deseo hablar con usted unos momentos. ¿Puedo hacerlo?

—Por supuesto. —Extendió la mano hacia el diván próximo—. Siéntese, doctor.

El ocupó una silla situada frente a mí. Cruzó las piernas con aire negligente y me ofreció un cigarrillo.

—¿Y bien, doctor? ¿De qué se trata?

—Antes de seguir adelante, quisiera que usted prometiese guardar profundo secreto acerca de lo que vamos a hablar aquí.

—Desde luego —accedió Julius, notablemente intrigado—. Pero ¿qué sucede?

—Lo irá viendo a medida que conteste a mis preguntas, señor Van Kamm.

El joven me miró suspicazmente.

—Sería mejor que se explicase con mayor claridad, doctor.

—Le diré. Todo esto es en beneficio de su hermana, ¿comprende?

—¡Qué! ¿Sugiere acaso que Dobryna está...? —E hizo con el índice en la sien un gesto expresivo.

—No, aunque sí ligeramente desequilibrada. Esto puede corregirse mediante un adecuado tratamiento psiquiátrico, pero para ello necesito cierta ayuda, que sólo usted puede prestarme, ¿me ha entendido?

—A medias solamente —contestó Julius, haciendo una mueca—. Está bien, doctor. Adelante.

—¿Cuánto tiempo hace que murió su madre?

—Unos diez años.

—¿Vivieron siempre aquí, en el Cottage?

—Sí.

—¿Y después?

—En Rotterdam.

Hice un breve cálculo.

—La muerte de su madre debió ocurrir cuando usted tenía diecinueve o veinte años, ¿no es así?

—Cierto.

—¿Existía ya el monumento druida?

—No.

—¿Está seguro?

—Positivamente. Hombre, no era un crío de cuatro años cuando me marché de aquí para no recordarlo.

—Entonces, ¿quién trajo aquí estos monolitos?

—Felton.

—¿Por qué?

Julius se encogió de hombros.

—Es un chiflado por la prehistoria. Se gastó su última libra en el transporte de esos monolitos. Bueno, lo supongo, porque cuando vinimos al Cottage, ya estaban.

—¿De dónde los trajo?

—¿Cree que eso me preocupa? —respondió Julius con indiferencia—. Están ahí y hace bonito, simplemente. Decorativo, en suma.

—Antiguamente, los druidas celebraban sacrificios humanos en el plenilunio —dijo intencionadamente.

—Aquí sólo sacrificamos las aves que van a parar al puchero —rió Julius con fuerza.

—Felton, ¿es pariente suyo?

—Sí. Primo de mi madre. Estuvo cuidando de la casa y la propiedad hasta que regresamos de Holanda.

—¿Y los Mac Kearn?

—¿Qué quiere saber de ellos?

Saqué mi reloj. Era de bolsillo, de oro y pendía al extremo de una larga cadena del mismo metal.

—¿Por qué están aquí?

—Ella es hermana de Felton. Dos bocas más poco se conocen en el presupuesto.

—¿Qué hacen en el Cottage?

—Estar, ¿qué diablos quiere que hagan? Oiga, deje ese maldito reloj en paz. Me molestan sus reflejos, ¿sabe?

—¿A quién pertenece la heredad?

—A mi hermana y a mí, por partes iguales. Ninguno podemos venderlo sin el consentimiento del otro.

—¿Han recibido ya alguna oferta de venta?

—Sí, pero no la hemos aceptado.

—¿Motivos?

—Es un lugar estupendo y con lo que produce tenemos más que suficiente para vivir. Ni Dobryna ni yo somos ambiciosos y nos contentamos con lo que tenemos. Escuche, ¿es imprescindible que siga haciendo girar ese reloj mientras hablamos?

—¿Le molesta mucho?

Julius rezongó algo entre dientes.

—No —decretó al cabo.

—¿Quién es el presunto comprador del Cottage?

—No lo sé. Quizá Dobryna pueda decirle algo.

—¿Recibió ella la oferta?

—Creo que sí, no estoy seguro. De todas formas, cuando dijo que la había rechazado, ya no me preocupó más el asunto.

—¿Ha oído hablar usted alguna vez de un tesoro en Aldersham Cottage?

Julius rió abruptamente.

—¡Un tesoro! ¡Vamos, doctor, no haga caso de cuentos de viejas!

—Está bien. Ahora, le haré otra pregunta. ¿Qué opina de su hermana?

—¿En qué sentido?

—¿Cree que puede estar loca?

—¿Loca? Vaya, doctor, sí que es usted pintoresco. Dobryna hace algunas veces cosas raras, pero no porque esté loca, sino porque todas las chicas solteras, a su edad, las hacen. Si tuviera un marido y dos o tres críos de qué ocuparse no se mostraría tan histérica en ocasiones. Por lo demás está más sana que una pera. ¡Condenado reloj!

—¿No tiene ganas de dormir, Julius?

—¿Yo? ¡Diablos, esta noche he dormido nueve horas de un tirón! Doctor, ¿sabe lo que se está diciendo siquiera?

—Olvidémoslo. Hábleme de los histerismos de su hermana. ¿En qué consisten?

—Pues..., a veces, se queda como suspendida en medio de una conversación, con la mirada perdida a lo lejos, completamente ausente de cuanto le rodea. Es preciso llamarle la atención dos o tres veces para que, al fin, se decida a contestar.

—¿Y nada más?

—Se pasea por las noches y... Guarde ese reloj de una vez, ¿quiere?

—Espere un momento. ¿Conoce usted la entrada al torreón?

—Claro. Hay una en la fachada oeste en el exterior. Es una puerta de madera muy gruesa. La otra está al final del corredor, saliendo de mi habitación a mano derecha.

—¿Están cerradas con llave?

—No, ¿por qué iban a estarlo? Oiga, doctor —añadió Julius burlonamente, ¿es que piensa hallar usted ese tesoro?

—Tal vez —respondí ambiguamente.

—Si es así, avíseme para recoger mi parte —rió el joven con estruendo—. ¡Un tesoro! ¡Buen Dios! ¡Es la noticia más estupenda que he oído de diez años a esta parte!

—¿Ha oído hablar usted de los sacrificios humanos de los druidas?

—Claro. Felton nos ha dado más de una conferencia en una ocasión. Pero no irá a sospechar que aquí se cometen semejantes salvajadas, ¿verdad?

Recordando lo que había presenciado semanas antes, estuve a punto de contestar afirmativamente. Pude contenerme y sonreír.

—Claro que no —respondí—. Eran... ganas de hablar.

—Pues no tiene ninguna gracia —refunfuñó Julius—. ¿Y el reloj?

Lo volví a su sitio.

—Ya está guardado. —Me puse en pie—. Gracias por su información, Julius. Luego hablaré más extensamente con su hermana.

El joven me miró con gesto suspicaz.

—¿Quién le dijo que viniera a examinar a Dobryna, doctor?

Por un momento me quedé cortado ante la inesperada pregunta. Había estado tratando de desviar las posibles sospechas de Julius

sobre mi actuación, pero no había caído en que él tuviese interés en el punto citado.

—Felton —respondí sin inmutarme.

—¡Qué raro! Bueno, si creyó que Dobryna estaba loca, se equivocó de medio a medio. Es un poco de histerismo, simplemente, como muchas chicas solteras que han pasado los veinticinco años. Pero un día u otro tendrá un marido y entonces se le habrá pasado todo.

—Muy posible —concordé con una sonrisa—. Gracias de nuevo, señor Van Kamm.

Y salí de la habitación.

Mientras caminaba por el corredor, pensé que mi truco había fallado esta vez. O bien la mente de Julius era demasiado fuerte para poder ser influenciada hipnóticamente o bien la persona que se había apoderado psíquicamente de Dobryna, había hecho lo mismo con su hermano. ¿En dónde radicaba la diferencia?

De todas formas, no estaba descontento. Había obtenido algunos datos que tal vez más adelante pudieran serme de gran valor. Uno de ellos era la no existencia del monumento druida un año antes. ¿De dónde lo había sacado Felton? Por supuesto, el transporte debía haberle costado una fortuna, ya que cada monolito pesaba veinte toneladas al menos.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por adornar únicamente el panorama, ya que, en medio de todo, resultaba altamente decorativo? Pero yo había visto practicar allí el ritual del sacrificio humano. Bueno, había visto todo menos el golpe fatal. No obstante, podía dar por realizado el sacrificio. Y Dobryna había sido su autora material, ya que no moral, porque tenía la completa seguridad de que había realizado el hecho en un estado de sugestión creado por el influjo de otra mente infinitamente superior a la suya. ¿Se realizaría otra muerte en el próximo plenilunio?

Estaba llegando a mi habitación cuando, de pronto, al pasar por la puerta de uno de los dormitorios, percibí el rumor de unas voces.

Detuve mis pasos en el acto. Una de las voces pertenecía a Dobryna y se quejaba.

CAPÍTULO XIII

La otra voz era la de la señora Mac Kearn, la cual se había constituido en inquisidora de la joven.

—¿Dónde está?

—Ya lo he dicho mil veces —contestó Dobryna.

—Ésa no es una explicación —dijo la señora Mac Kearn.

—No sé más, lo aseguro. El esqueleto tiene la clave.

El esqueleto tiene la clave.

Repetí la frase un par de veces. ¿A qué esqueleto se refería la muchacha?

—Tienes que saber algo más. Esfuérzate —insistió la Mac Kearn.

—No sé más, se lo aseguro. Por favor, déjeme en paz. Estoy cansada.

—Escucha, Dobryna. Tú lo sabes, pero no quieres decirlo. ¿Te imaginas lo que sucederá si no hablas?

Dobryna rompió a llorar.

—Por favor, déjeme en paz. No sé más que lo que ya he dicho.

—Estás mintiendo, Dobryna: Insisto en la pregunta. ¿Dónde está?

—El esqueleto tiene la clave.

Sonó una voz de hombre, muy irritada.

—Déjala ya, demonios. Si no quiere hablar ahora, tal vez lo haga después de la cena.

—¡Por favor! —rogó Dobryna—. No me obliguen a ello. Les he dicho ya cuánto sé. Se lo ruego...

—Dobryna, piénsalo bien. Por última vez, ¿dónde está?

—El esqueleto tiene la clave —repitió ella monótonamente.

Escuché una imprecación:

—¡Maldita! ¡Si no fuera...!

—Quieto —dijo el señor Mac Kearn—. En el estado en que se encuentra, un golpe podría resultarle de consecuencias desastrosas.

Ten un poco de paciencia. Todo es cuestión de ablandarla.

—Pero, rayos, es que llevamos ya demasiado tiempo tratando de ablandarla. Y, ¿qué hemos conseguido hasta ahora? Una frase: el esqueleto tiene la clave. ¿Qué diablos significan esas cinco palabras? ¿Dónde demonios hay un esqueleto?

—No lo sé, pero podemos intentar buscarlo —repuso Mac Kearn.

—Y nos pasaría lo mismo que con el tesoro —rezongó Felton—. Llevamos ya un año buscándolo sin encontrar el menor rastro.

—Amigo mío, no sabes tener paciencia —dijo Mac Kearn calmosamente—. Todo es cuestión de continuar haciendo presión sobre el dique que cierra los conocimientos de Dobryna. Y un dique puede resistir una presión superior durante un tiempo determinado, rebasado el cual, se rompe de manera indefectible.

—Hasta ahora, la presión que hemos ejercido sobre ella no ha dado el menor resultado, Angus.

—Es cuestión de paciencia, repito. Imagínate una gran puerta a la cual atacas con una viga. Resistirá el primer golpe y hasta una docena, pero al décimo tercer asalto, empezará a cuartearse y llegará un momento en que cederá irremisiblemente. Eso le sucederá a Dobryna, créeme. Entiendo mucho de ello, te lo aseguro.

—Mejor para ti —renegó Felton—. Porque, de lo contrario...

Me extrañó el silencio que guardaban las dos mujeres, mejor dicho, la señora Mac Kearn, mientras que los varones hablaban entre sí. Esto era lógico tratándose de la muchacha, pero ¿por qué callaba la otra?

De pronto, oí una voz a mis espaldas.

—¿Deseaba algo, doctor?

Giré en redondo bruscamente.

Gerald estaba frente a mí, contemplándome con la actitud inexplicable que un perfecto sirviente debe ostentar en todo momento.

—Muy amable, Gerald —dije—. No, por ahora no necesito nada. —Y me alejé en el acto hacía mi habitación, encerrándome en ella.

Esperé unos minutos, atisbando el corredor a través de una estrecha rendija. Al cabo de un rato, vi salir a Felton, seguido del matrimonio Mac Kearn. Angus Mac Kearn sostenía a su esposa solícitamente, en tanto se dirigían a sus habitaciones.

Dobryna quedó dentro. Aguardé un par de minutos más y luego,

saliendo de mi dormitorio, eché a correr de puntillas hacia el de la muchacha.

Entré sin llamar, cerrando rápidamente a mis espaldas Dobryna no se había percatado de mi presencia.

Estaba sentada en un sillón, con la cabeza apoyada al borde del respaldo. Tenía los ojos cerrados y respiraba un tanto fatigosamente, mientras que su rostro tenía la blancura del yeso.

Di una vuelta a la llave y avancé hacia la muchacha.

—Dobryna —murmuré suavemente.

Ella abrió los ojos con gesto cansado.

—Doctor.

—¿Qué le sucede? —pregunté—. ¿No se encuentra bien?

Dobryna se irguió en el sillón, mientras se pasaba una mano por la frente.

—Es curioso —dijo—. Me he dormido.

—No se ha dormido, Dobryna. La han hipnotizado, que no es lo mismo.

Los ojos de la joven se abrieron con gesto de pavor.

—¡Hipnotizado! ¡Eso no puede ser! —exclamó.

—¿Por qué está tan segura?

—No lo sé —contestó—. Me parece todo tan extraño...

—¿Recuerda quién estaba con usted hace unos minutos?

—Sí. La señora Mac Kearn.

—¿De qué hablaron?

—Oh, estábamos hablando de cosas indiferentes, doctor.

—Y de pronto se durmió.

—Sí. Me sucede algunas veces.

—¿Siempre le sucede cuando tiene delante a la señora Mac Kearn?

—Sí. Pero ¿por qué lo pregunta, doctor?

La miré fijamente a los ojos.

—Señorita Van Kamm, ¿qué significa para usted la frase: *El esqueleto tiene la clave*?

Dobryna clavó en mi rostro sus ojos llenos de pasmo.

—Doctor, ¿qué absurdos está diciendo? En mi vida he oído nada semejante, se lo aseguro.

Callé durante unos segundos. Luego traté de sonreír.

—Olvídelo, Dobryna. No era más que una pregunta sin

trascendencia. Una especie de *test* síquico, ¿comprende?

—Oiga, el perturbado es mi hermano y no yo —protestó.

—Ya lo he examinado esta mañana.

—¿Y...?

—Por ahora parece perfectamente normal —respondí—. Habremos de esperar al plenilunio.

Ella hizo un gesto vago.

—¿No sería posible prevenir los ataques de locura furiosa que le dan en esas fechas?

—¿Fechas ha dicho usted? —Capté rápidamente la pregunta.

—Bueno, son dos o tres noches del plenilunio, no es exactamente en el momento astronómico de la fase de luna llena. A veces es sólo una noche, en tanto que otras le dura cuatro noches.

—Eso es interesante —murmuré. De pronto reparé en un mueble cercano con servicio de licor.

Llené una copa y se la entregué.

—Beba —dije—. Le hace falta.

Los colores volvieron a su rostro. Sonrió.

—Tenía razón, doctor. Pero ¿me querrá explicar...?

—Más adelante —levanté la mano—. Por ahora, forzoso le será esperar un poco. ¿Verdad que tendrá paciencia? —dije insinuantemente.

—Confío plenamente en usted, doctor —contestó.

Me senté frente a ella y tomé sus manos entre las mías.

—Señorita Van Kamm —dije—, me alegra infinito oír tales palabras de sus labios. Es cierto, confíe en mí y no tendrá que arrepentirse de ello. Hablaría más, pero prefiero callar hasta el momento oportuno.

—Obre como guste, doctor.

—Gracias, señorita. Y ahora, ¿puedo hacerle un par de preguntas?

—Sí, desde luego.

—Una de ellas se refiere a un supuesto tesoro existente en el Cottage. ¿Qué ha oído hablar usted de él?

—Nada —respondió Dobryna serenamente—. En absoluto.

—Bien —contesté, ocultando mi decepción—. La segunda pregunta se refiere al esqueleto de que le hablé antes. ¿Hay por aquí cerca algún cementerio?

—No, salvo el de Cupar. Allí es donde está el panteón de la familia.

—Gracias, señorita Van Kamm, eso es todo. Y ahora, ¿quiere usted acompañarme?

—¿A dónde? —preguntó, muy sorprendida.

—Al torreón. Quiero examinarlo en compañía de alguien que lo conozca.

—Está bien. —Se puso en pie—. Cuando quiera, doctor.

Salimos de la habitación sin tropezarnos con ninguno de los indeseables huéspedes del Cottage. Dobryna me condujo directamente hasta una puerta situada en el fondo del corredor, que abrió sin ninguna dificultad.

Al franquear el umbral, nos encontramos ante una gran sala cuadrada, en dos de cuyas paredes había varias ventanas sin cristales, situadas a distintos niveles. La altura de la sala era enorme y prácticamente podía decirse que llegaba hasta el techo del torreón, situado a veinte metros por encima de nosotros.

Al ruido de nuestros pasos, que sonaron con lúgubres ecos en tan tétrico ambiente, unas cornejas echaron a volar, saliendo por las ventanas con siniestros graznidos y fuerte tableteo de alas.

A la derecha, y adosada a la pared, subía una escalera de peldaños de madera, haciendo grandes zigzags sobre sí misma, de modo que no necesitaba utilizar más que uno de los muros. Entre cada tramo había una especie de rellano o plataforma que servía para hacer el giro y acometer el nuevo tramo. En resumen, era parecida a las escaleras para salvamento en caso de incendio que suele haber en gran parte de los edificios americanos.

Los peldaños crujieron lastimosamente bajo nuestro peso. Iniciamos la ascensión, llegando al primer rellano, en el que había una puerta.

Atravesamos la puerta, hallándonos en una sala de regular tamaño, sin otra iluminación que la que le proporcionaba un mísero ventanuco de nos veinte centímetros de lado, situado casi junto al techo de la lóbrega estancia.

Unas alas batieron el aire sobre nuestras cabezas, a la vez que oíamos unos chillidos de pequeño volumen, pero de tono muy agudo. Los murciélagos revolotearon unos momentos en torno nuestro.

Dobryna exhaló un leve grito y se apretó contra mí de modo instintivo. Sentí junto al mío el calor de su cuerpo joven y bien formado y, sin poder remediarlo, rodeé su cintura con mi mano.

Permanecimos así unos momentos, hasta que nos acostumbramos a la penumbra. Entonces divisamos varios objetos en el fondo de la estancia.

Eran unos grilletes de acero, sólidamente incrustados en la pared. Al lado se veía un cántaro vacío y un montón de paja.

—¡Dios mío! ¡Qué horrible es todo esto! —murmuró Dobryna, apretándose más todavía contra mí.

—Venga y lo examinaremos.

—No —dijo estremecida—. Le espero aquí, doctor.

Sintiendo dentro de mí una vaga aprensión, avancé hacia el rincón. Me arrodillé, examinando los grilletes.

De pronto reparé en un detalle. Los grilletes carecían de herrumbre.

Esto me intrigó notablemente. Lo lógico era que hubiesen estado cubiertos de orín y oxidados por el paso de los años, pero aunque el metal no brillaba, tampoco indicaba que llevase allí mucho tiempo. Había, sí, algunas leves manchas de óxido, pero, en conjunto, todos los indicios revelaban que la existencia de los grilletes en aquel lugar era relativamente reciente.

La paja estaba fresca y en cuanto al agua contenida en el cántaro no olía, lo cual significaba que llevaba poco tiempo en la vasija como para haberse corrompido. ¿Qué diablos significaba todo aquello?

Volví junto a Dobryna, sumamente preocupado. Ella me lo notó, aunque, discretamente, se abstuvo de hacerme ninguna pregunta.

—Vamos —dije. Al llegar a la puerta, noté que la llave estaba puesta por la parte interior de la cerradura. La hice girar, notando que no producía el menor chirrido. Un segundo examen, me hizo ver que la cerradura estaba perfectamente engrasada, lo mismo que las grandes bisagras de la puerta.

Salimos de aquel cuarto tan siniestro, reanudando la ascensión. A mitad de camino, hallamos la puerta de entrada a otro cuarto, el cual estaba absolutamente vacío, salvo por unos cuantos murciélagos que revolotearon incómodos al sentir nuestra presencia.

El final de la escalera concluía en una trampa que daba a la plataforma del torreón. Salimos fuera y durante unos momentos estuvimos examinando el panorama.

Dobryna quiso hacerme algunas preguntas al respecto, pero yo la atajé, diciendo:

—Espere todavía un poco.

Ella asintió. Más tarde emprendimos el descenso.

Cuando ya estaba a punto de dejarla en la puerta de su dormitorio, se me ocurrió hacerle una pregunta.

—Señorita Van Kamm.

—¿Sí, doctor?

—Cuando su hermano sufre esos arrebatos de locura furiosa, ¿dónde lo encierran?

—No lo sé.

—¿Eh? —exclamé, muy sorprendido.

—Sí. Se encargan de él Felton y los señores McKearn. No quieren ni que me vea, porque mi presencia aumenta más todavía la intensidad de su ataque.

—Gracias —dije—. Eso es todo lo que deseaba saber.

Y me despedí de ella.

CAPÍTULO XIV

Ya sabía dónde encerraban a Julius Van Kamm.

En cambio, ignoraba por qué, cuándo y cómo lo encerraban. En realidad, me faltaban tantas cosas por saber...

De lo que no cabía duda alguna era que entre aquellos tres individuos, ayudados seguramente por algún compinche, Gerald desde luego, sin duda alguna, habían montado un bien ideado tinglado con el fin de arrancar a Dobryna el secreto del tesoro. Porque el tesoro existía, de ello no me cabía duda alguna. Si no hubiera sido así, ¿por qué habían hablado Felton y McKearn de ejercer tanta presión sobre Dobryna?

«El esqueleto tiene la clave», repetí una y otra vez.

Debía haber un esqueleto por alguna parte. Pero en Aldersham Cottage no existía ningún cementerio, ni siquiera el menor rastro de tumba alguna, a no ser la que yo había visto excavar al pie del monumento druida. Esto no servía; el esqueleto tenía que hallarse a la vista.

¿Dónde estaba?

Llegó la hora de la cena sin que hubiese podido encontrar la menor solución a alguna de las preguntas que tanto bullían en mi cerebro. Durante la cena, Dobryna me dirigió algunas miradas ansiosas, pero yo esquivé como pude aquellas mudas interrogaciones. Verdaderamente, no me sentía en disposición de dar respuesta alguna sobre el asunto.

Terminó la cena y después de una corta sobremesa, nos dispusimos a retirarnos a nuestros dormitorios. Uno tras otro fuimos desfilando hasta que Dobryna y yo quedamos solos en el salón.

Ella se vino hacia mí apenas vio que podía actuar con plena libertad.

—¿Ha averiguado algo, doctor?

—Todavía no —respondí. Tomé sus manos entre las mías;

estaban heladas—. Tenga calma, se lo suplico.

—Es que... tengo miedo, doctor.

—¿Por quién teme, Dobryna?

Ella me miró de frente con sus grandes, luminosos ojos azules.

—Por usted —dijo lentamente, acelerando las pulsaciones de mi corazón hasta un límite increíble.

—¿De veras? —balbuceé como un niño.

—Sí.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Su pecho palpitaba suavemente, en tanto que sus labios permanecían entreabiertos, como si necesitase una mayor cantidad de aire para respirar.

Nos aproximamos el uno al otro inconscientemente.

—Dobryna —murmuré.

—¿Jonathan?

—¿Te ha dicho alguna vez un hombre que estaba loco de amor por ti?

Sentí que su pulso se aceleraba repentinamente.

—Si me lo han dicho —respondió con voz tenue—, nunca hice el menor caso.

—¿Y si ahora te lo dijera yo?

—¿Por qué no me lo dices, Jonathan? —murmuró dulcemente, abandonándose entre mis brazos.

—Estoy loco por ti —musité muy cerca de su oreja, y ella se oprimió contra mí con toda su fuerza.

—Jonathan —susurró.

Su aliento ardía. La miré un momento al fondo de aquellos dos lagos azules que eran sus ojos. Luego, nuestros rostros se aproximaron.

En el momento en que nuestros labios se iban a fundir en el primer beso de amor, sonó una voz estridente a nuestras espaldas.

—¡Dobryna!

Nos separamos vivamente, yo maldiciendo muy furioso en mi interior por la intempestiva interrupción.

La señora McKearn estaba en la puerta, temblándole el gelatinoso pecho de indignación.

—Debes retirarte a descansar —dijo la mujer imperativamente.

—Sí, señora —respondió la joven con mansedumbre.

Fui a protestar de aquella orden que me parecía no ya injusta, sino irrazonada. ¿Acaso no era Dobryna la dueña de sus actos?

Pero algo instintivo me hizo reprimir la abrupta frase que había estado a punto de salir de mis labios. Sonreí cortésmente.

—Ahora mismo, señora McKearn —dije.

Miré a Dobryna.

—Ve a descansar, querida.

—Sí, Jonathan.

Salí al vestíbulo y presencié la marcha de las dos mujeres, hasta que hubieron desaparecido de mi vista.

No tenía la menor duda de lo que iba a suceder momentos después. Dobryna sería hipnotizada y luego...

Encendí un pitillo con aire pensativo. Bien, procuraría evitar que ello sucediese. Esperaría unos minutos y luego intervendría. Para hacerlo, sin embargo, era preciso continuar disimulando. De modo que, con paso totalmente normal, me dirigí a mi habitación, a la cual llegué pocos momentos después.

Abrí la puerta y crucé el umbral. En aquel momento percibí la presencia de un extraño en el dormitorio.

Quise volverme, pero antes de que hubiera podido conseguirlo, algo duro y contundente cayó con gran violencia sobre mi cráneo.

Desperté bastante más tarde, hallándome acostado en el lecho.

La cabeza me dolía bastante, pero lo que más me dolía y no en lo físico precisamente, era mi ingenuidad e imprevisión al haberme dejado inutilizar de tal manera. A aquellas horas, Dobryna ya habría caído bajo el maléfico influjo de Emma McKearn y...

Un helado escalofrío recorrió mi espalda. ¡Aquella noche se iba a practicar un sacrificio humano!

Quise levantarme del lecho, pero lo único que conseguí fue rodar hasta el suelo. Entonces me percaté de que tenía las manos y los pies atados con unas sólidas ligaduras.

La luz del satélite me dio de lleno en los ojos. Forcejeando conmigo mismo, conseguí ponerme de rodillas. La ventana estaba situada a pocos pasos de distancia.

Arrastrándome como pude, conseguí llegar hasta la ventana. Después, apoyando el hombro izquierdo en la pared, conseguí erguirme.

Di un salto lateral y me situé tras los cristales. Lo que vi al otro

lado de la ventana me puso los pelos de punta.

Dobryna estaba vestida de igual manera que la vez anterior, con aquel velo que dejaba transparentar casi completamente sus formas esculturales. En la mano derecha sostenía un cuchillo cuya hoja brillaba refulgente a la luz de la luna. Y su mano estaba en alto, dispuesta a bajar y descargar el golpe contra la persona que yacía inmóvil en la piedra del sacrificio.

¡La mano bajó!

El cuchillo se hundió en la garganta del individuo. Vi claramente brotar un chorro de sangre que manchó de rojo las blancas vestiduras de la muchacha. Después...

Me dejé caer al suelo, completamente desfallecido por cuanto acababa de presenciar. Hasta aquel momento y a pesar de tener la seguridad de que la mano de Dobryna había segado varias vidas en un acto tan bárbaro como inhumano, me parecía algo remoto e increíble, puesto que hasta aquel momento no lo había visto directamente. Pero ahora ya no me cabía la menor duda; mis ojos habían captado el escalofriante momento en que el cuchillo se hundía en la garganta del individuo. Había visto también saltar la sangre... No, no cabía el menor error. Dobryna era la homicida y no me quedaba siquiera el recurso de pensar que su mente no era libre.

Es muy distinto pensar de una persona que ha cometido una muerte que verla en el momento de realizar dicho acto. Las cosas resultan tan diferentes que, aún en el caso de Dobryna, aún sabiendo que ella era psíquicamente inocente, me sentía lleno de horror y de repulsión hacia ella.

Traté de arrastrarme de nuevo hacia la cama. No sé si fue por las emociones o una secuela del golpe recibido, el caso es que me desmayé de nuevo.

CAPÍTULO XV

Desperté largo rato después.

Oí rumor de voces a mi alrededor.

—Todavía está inconsciente.

—¿Le diste muy fuerte, Asser?

—No, solamente lo justo para atontarlo. Lo que pasa es que después habrá empalmado el desvanecimiento con el sueño.

—¿Habrá visto algo?

—Ni hablar. Quedó como un tronco, lo aseguro.

—De todas formas, no me fiaría de un tipo como éste. Sería preciso asegurarnos.

—No hay más que una forma de asegurarse —afirmó Felton—. Y ya podéis suponeros cuál es.

Traté de dominar mis nervios. ¿Trataban aquellos tipos de asesinarme, aprovechándose de mi indefensión, puesto que todavía tenía las manos atadas a la espalda?

—¡Cuidado! —dijo la mujer—. Forrester es bastante conocido en Kirkaldy, y su ausencia podría despertar graves sospechas.

—Y si descubre el pastel, ¿qué será de nosotros? —refunfuñó su esposo—. Si al menos hubiésemos encontrado el tesoro...

—Todo consiste en acentuar la presión. Y es preciso hacerlo cuanto antes. No podemos perder ya mucho tiempo —dijo Felton.

—Muy bien. Actuaremos en los dos o tres días que quedan. Vamos a ver a Julius —ordenó Angus McKearn. Rió diabólicamente—: Sí, apretémosle un poco.

—¿Y el doctor? —preguntó la mujer—. Debiéramos desatarle.

—De acuerdo.

Unas manos me quitaron las ligaduras, mientras fingía continuar dormido. Luego me quedé solo en el dormitorio.

Esperé unos momentos. Al cabo, me senté en el lecho, frotándome las muñecas para restablecer la circulación de la sangre.

Pensé unos momentos. ¿Qué hacer? Los planes de aquel trío de forajidos estaban bien claros. Acentuar la presión.

¿Cómo?

Un súbito alarido llegó hasta mis tímpanos. Después sonó el chasquido de un látigo.

El sudor inundó mi frente. ¡Estaban martirizando a Julius!

¿Era que el hermano de Dobryna conocía algo al respecto?

Traté de levantarme, pero me sentía tan débil como un niño. Sufriendo enormemente, hube de soportar durante unos minutos aquel concierto de alaridos y latigazos. Después volvió el silencio, una quietud densa, siniestra, lúgubre, anunciadora de males y desdichas sin cuento.

Más tarde sonaron unos pasos por el corredor. Escuché un vago murmullo de voces y luego todo quedó quieto.

Al cabo de un buen rato sentí que me volvían las fuerzas. Fui al baño y metí la cabeza en el agua fría, terminando de aclarar mis ideas. Con la ayuda de un par de aspirinas quedé como nuevo, aunque, desde luego, el sombrero no me hubiera encajado bien en la cabeza. El bulto que me había quedado como consecuencia del golpe recibido lo hubiese impedido.

Me acerqué a la puerta del dormitorio y escuché. Todo estaba calmado de nuevo y no parecía que allí se hubiese cometido un asesinato.

Consulté el reloj. Eran las cinco de la mañana. Demasiado tarde para hacer lo que había ideado. Sin embargo, aún podía realizar otra cosa.

Salí de mi cuarto de puntillas y caminé hasta el de Dobryna, en el que me introduje tan calladamente como un fantasma. Me acerqué a su cama; la muchacha dormía tranquila y sosegadamente, como si no hubiera cortado aquella noche el hilo de la vida de una persona.

Dormía apaciblemente, con las manos cruzadas sobre el seno, mal cubierto por un fino camisón de encajes, que en modo alguno se parecía a la blanca veste transparente que había llevado horas antes. Pude apreciar que no quedaba en ella la menor señal de sangre; con toda seguridad, se había bañado después de la salvaje ceremonia.

De pronto se agitó y murmuró unas palabras.

En un principio me asusté, temiendo me sorprendiera en una actitud muy parecida a la del espía. Luego me di cuenta de que soñaba.

Su cara se contrajo en una crispación de terror.

—No, no quiero hacerlo —murmuró roncamente—. No me obligues, por el amor de Dios...

Una fina película de sudor apareció en su frente. Sus manos se engarfiaron de pronto sobre el embozo de las sábanas.

—No lo sé, no lo sé —repitió una y otra vez—. El esqueleto tiene la clave... No sé dónde está el tesoro... No quiero verter más sangre...

Recordaba en sueños la horrible escena desarrollada horas antes en el monumento druídico, delante de mis ojos.

Empecé a comprender cuál era la presión que aquellos desalmados ejercían sobre la muchacha. Por medio del terror querían inducirla a que les delatara el lugar donde estaba escondido el tesoro. Era un ardid diabólicamente inteligente: presionar en su subconsciente para que revelara algo que, sin duda, debía estar guardado en las capas más recónditas de su otro yo.

—El esqueleto tiene la clave —murmuró de nuevo.

De pronto, su respiración se hizo más sosegada y una expresión de tranquilidad apareció en su rostro. Ahora sonreía.

Sus labios coralinos se distendieron en una suave sonrisa.

—Jonathan —musitó.

Me sentí enormemente satisfecho de ser protagonista de uno de los sueños de la joven. Aquellos sentimientos de horror que había abrigado durante unos momentos, desaparecieron en un instante al oír aquellas tres sílabas en sus labios.

Pero era necesario que hablase con ella. Hasta entonces, había mantenido la habitación en la discreta penumbra provocada por la luz de la luna. Rodeé el lecho donde descansaba Dobryna y me acerqué a la mesita de noche, accionando el interruptor de la lámpara.

La luz despertó a la muchacha. Abrió los ojos y casi en el acto extendió los brazos hacia mí, sin cuidarse poco ni mucho de su aspecto personal ni de su ligero atuendo.

—¡Jonathan!

Me senté a su lado. Ella se me abrazó con ansia, escondiendo su

cabeza en mi pecho. Percibí claramente los trémulos latidos de su corazón asustado.

—Querida —murmuré, acariciando suavemente sus hermosos cabellos.

—Jonathan, he tenido un sueño horrible —dijo—. He pasado un rato angustiados... hasta que has venido tú.

—¿En qué forma? ¿Física o en sueños? —pregunté.

—Primero en sueños —todavía se estremecía—. Y luego... parece como si Dios hubiese escuchado mis ruegos, has venido en persona. Oh, Jonathan, tengo miedo.

La estreché suavemente contra mí.

—No tengas miedo, niñita perdida en la niebla. Yo te traeré al buen camino. Sé, además, cuál es el sueño que te ha hecho padecer tanto, y te aseguro que dentro de muy poco no volverá a repetirse.

Dobryna se separó ligeramente, mirándome con sorpresa.

—Jonathan, ¿cómo lo sabes?

—No te preocupes, querida —dije, sonriendo para infundirle ánimos—. Lo importante es que lo consideres estrictamente como un sueño, ¿me comprendes?

Sonrió deliciosamente.

—No mucho, pero si tú me lo ordenas, lo haré.

Si tú me lo ordenas...

La frase encerraba todo un mundo de poesía y de amor. Dobryna era la mujer rendida ante el hombre que la subyugaba con su presencia física y síquica. Haría por mí cualquier cosa que yo le ordenase, y obvio es decirlo, yo haría también por ella cualquier cosa con tal de sacarla de aquella niebla en que la habían sumido aquellos granujas y traerla, al fin, a un sendero bañado por la luz del sol.

—Por ahora —contesté—, te ordeno que sigas considerándolo como un sueño. Más adelante... —Besé con suavidad sus labios—. Pero ahora dejemos esto a un lado, querida. Tienes que vestirte.

Ella me miró con extrañeza.

—¿Para qué?

Me puse en pie y volví la espalda a la cama.

—Anda, haz lo que te digo y no preguntes más. Quiero que me acompañes.

Oí el rumor de sus ropas mientras se vestía a mis espaldas.

Mientras tanto, me acerqué a la ventana.

Ya empezaba a rayar el alba. El semicírculo de monumentos estaba ahora situado bastante a mi derecha, de modo que casi lo veía de perfil, en lugar de contemplarlo de frente, tal como me sucedía desde mi dormitorio. Ello no impidió, sin embargo, que presenciase los últimos movimientos de Gerald y Felton para rellenar la tumba.

Me estremecí fuertemente. ¿Quién era el desdichado que yacía allá abajo? Al menos no se podía negar a aquellos individuos una cosa: eran considerados con sus víctimas, ya que las llevaban narcotizadas al altar de los sacrificios.

Un minuto después, la pareja terminó de alisar la tierra y colocaron encima unos cuantos bloques de tierra con césped encima. El suelo herboso de la colina quedó como si nada hubiera sucedido.

—Vaya —mascullé para mis adentros—. Una bonita manera de hacer desaparecer todo rastro.

La pareja de asesinos remató su tarea. Recogieron las herramientas y cargando con ellas y un gran cesto en el cual arrojaron la tierra que había sobrado de la tumba, se alejaron, saliéndose de mi campo visual.

En aquel momento, Dobryna dijo:

—Estoy lista, Jonathan.

Me volví hacia ella. Estaba encantadora, cubierta su espléndida figura con un *pullover* de color azul oscuro y una falda de cuadros amarillos, negros y marrones, de estilo escocés. Se calzaba unos zapatos bajos de suela de *crêpe*, precaución por la cual hube de felicitarla, y tenía el cabello recogido en la nuca por una cinta de color negro.

—Estás preciosa, querida —dije.

Ella se ruborizó intensamente.

—Jonathan, por favor.

—¿Te enoja que te diga la verdad?

De pronto, con un impulso tan vehemente como apasionado, se lanzó en mis brazos. Un instante me miró a los ojos, luego, rindiéndose, me ofreció sus labios en un cálido beso de amor.

Nos separamos unos momentos después. Comprendía perfectamente lo que sucedía en el interior de su alma. Durante

muchos años había vivido carente de afecto alguno y ahora que me había conocido, todo su espíritu se había entregado en una maravillosa explosión de amor.

—Oh, Jonathan —murmuró ensoñadoramente—. No sé lo qué me ha pasado, pero...

—No te preocupes —sonreí—. El único que podría reprocharte algo soy yo y, ya ves, me ha encantado lo que has hecho. Pero no perdamos tiempo. Vamos.

Ella asintió. Tomé su mano y nos encaminamos hacia la salida del dormitorio.

Atisé el corredor antes de arriesgarme a salir. Cuando advertí que el camino estaba despejado, eché a correr, llevándola a remolque.

Unos segundos más tarde, habíamos franqueado la puerta que conducía al torreón. El interior estaba todavía casi a oscuras, pero, no obstante, aún podía percibirse el arranque de la escalera.

Emprendimos el ascenso. Pronto llegamos al primer rellano.

Dobryna se detuvo, mirándome temerosamente.

—¿Vamos a entrar ahí, Jonathan? —preguntó.

—Claro. Quiero que veas una cosa. Serás valiente, ¿verdad?

Palideció un poco y se mordió el labio inferior, aunque acabó por asentir.

—A tu lado no tengo miedo —dijo.

Toqué la puerta con la mano. Cedió fácilmente.

El cuarto estaba sumido en tinieblas. Algo chilló suavemente por encima de nuestras cabezas.

Dobryna se estremeció.

—No temas, es sólo un murciélago.

Avanzamos unos cuantos pasos. Finalmente, me detuve.

Esperé unos momentos en silencio. No oí el menor sonido, excepto el revoloteo de algunos murciélagos, cuyos leves chillidos poseían una agudeza de tono excepcional.

—Es raro —murmuré.

—¿Qué es lo que encuentras raro, Jonathan? —preguntó ella.

—Aquí tenía que haber alguien —dije entre dientes. Había estado estudiando mentalmente la disposición del Cottage y sabía que en aquel momento estábamos situados directamente sobre mi habitación.

Encendí una cerilla. La habitación estaba desierta.

—Jonathan —preguntó ella con voz que era apenas un susurro, pero en la que vibraba una indudable nota de temor—, ¿a quién esperabas hallar aquí?

—A tu hermano, encadenado a esos grilletes —respondí.

CAPÍTULO XVI

Durante unos momentos, reinó en la estancia el más absoluto silencio. Al apagarse la cerilla, volvieron las tinieblas, ya que el ventanuco apenas si proporcionaba la luz suficiente para vernos los rostros.

El de Dobryna aparecía blanco como una sábana. Me miró con ojos dilatados por el espanto.

—¿Julius? Oh, eso es imposible.

—Los grilletes están puestos allí para algo, querida —dije—. Y son de esta época, no de antes. Ven conmigo —exclamé, tirando de ella con resolución.

Volví a encender otro fósforo. Le enseñé las cadenas, la paja y el cántaro, que agité para demostrarle que contenía agua. Luego le conté los alaridos que oía desde mi cuarto, aunque, por compasión, omití el sonido de latigazos que también había escuchado; hubiera sido demasiado fuerte para ella.

De repente se me ocurrió hacerle una pregunta.

—Dobryna, ¿has visto tú a Julius en el curso de un ataque?

—Sólo una vez, querido. Trató de arrojarse sobre mí y de no haber sido por la intervención de Felton y los otros, tal vez lo hubiese pasado muy mal. Desde entonces, cada vez que se acerca el plenilunio, ellos se encargan de encerrarlo.

—¿Le has visto tú en este encierro?

—Oh, no; sería contraproducente para él.

—Pero cuando se le pasa el acceso, vuelve a ser una persona normal.

—Claro.

—¿Y no se te ha ocurrido internarlo en un manicomio?

Ella bajó la vista, avergonzada.

—Es mi hermano, compéndelo, Jonathan. Además, Felton y los otros me aseguraron que tendrían infinito cuidado cada vez que se

acercase el plenilunio y... Bien, accedí a que quedase aquí con nosotros.

—¿Hace mucho que sufre esos accesos de demencia?

—Unos cuantos meses, seis, siete quizá.

—¿Sabes si en tu familia hay antecedentes de insania mental?

Negó vigorosamente con la cabeza.

—No tengo la menor noticia.

—Y ahora, dime, ¿es cierto que consultaste a esas celebridades médicas?

Dobryna bajó los ojos, muy avergonzada.

—No, Jonathan —dijo con voz que apenas se le oía.

—¿Entonces...?

—Quería espolear tu amor propio para que vinieses al Cottage, querido. Así tratarías de triunfar donde los otros, supuestamente, habían fracasado.

—Entiendo —murmuré pensativamente. Y ya iba a dar la orden de marcha atrás, cuando, de repente, reparé en un detalle.

El día anterior había estado recorriendo el torreón por la parte externa. A falta de cinta métrica, había medido su anchura en pasos, dándome un total de treinta para cada fachada, ya que era de forma rigurosamente cuadrada. La estancia en que nos encontrábamos tenía unos ocho de anchura y, estaba seguro, la gran sala que había en donde estaba la escalera, no medía mucho más allá de diez o doce. ¿Dónde estaba, pues, el espacio que faltaba, unos diez pasos en total?

Para comprobar la exactitud de mis cálculos, repetí de nuevo las mediciones, empleando el método más primitivo conocido por el hombre: la distancia entre pie y pié al caminar. Esto me dio siete pasos para el calabozo de los grilletes y catorce para la gran sala de abajo, en total, veintidós pasos. Quedaban nueve; ¿qué cubículo los había absorbido?

Dobryna contempló todas mis operaciones en completo silencio, muy intriguada, aunque sin atreverse a interrumpirme. Finalmente, quedé parado, en pie, frente al trozo de muro al cual estaban incrustados los grilletes.

Era evidente que en alguna parte había una habitación secreta, pero ¿cuál? ¿Dónde estaba la entrada? Porque donde hay una habitación hay también una puerta. Y allí, sin embargo, no divisaba

ninguna.

Movido por un oscuro instinto, me acerqué más a los grilletes, arrodillándome en el suelo, a muy corta distancia de la pared. Examiné el lugar donde estaban incrustadas las cadenas, sin advertir nada de particular. No obstante, persistía en mi presentimiento de que allí, al otro lado del muro, estaba la habitación misteriosa. ¿Sería aquél el encierro de Julius?

De pronto se me ocurrió una idea. Poniéndome en pie, agarré una de las cadenas, tirando con fuerza. Tiré hasta que los pulmones amenazaron con estallarme, sin obtener el menor resultado.

Repetí la operación con el otro grillete. Obtuve un nuevo fracaso, que me hizo mascullar un par de imprecaciones en voz baja.

—¿Qué es lo que buscas, Jonathan? —preguntó Dobryna al cabo de un buen rato.

—Aquí hay una habitación secreta —dije—. Tiene que haberla a la fuerza. La entrada es lo que busco.

—Jamás oí hablar a mi padre de tal habitación —exclamó ella.

—Pues yo estoy convencido de su existencia.

—¿Y por eso tiras de los grilletes?

—Sí. Trataba de desencajar una piedra, algo, en fin, que nos permitiese pasar al otro lado del muro.

—¿Quieres que te ayude? —sugirió Dobryna—. Yo tiraré de uno y tú del otro. —Sonrió—. Soy bastante fuerte, no creas.

—De acuerdo —contesté con otra sonrisa—. Tiraremos los dos a la vez.

Agarré mi grillete con ambas manos. Ella se situó a mi izquierda, casi hombro con hombro, ya que la distancia entre las dos cadenas era inferior al metro.

—Ahora —dije de pronto, haciendo fuerza.

Súbitamente se oyó un seco chasquido. Entonces comprendí la verdad.

Un lienzo del muro empezó a girar silenciosamente a un lado. Estuve a punto de lanzar un grito de júbilo, pero supe contenerme oportunamente.

Para abrir aquella puerta secreta, era preciso tirar de las dos cadenas a un tiempo. Entonces funcionaba el resorte que permitía la apertura.

Un negro hueco quedó ante nosotros, dejando el espacio suficiente para poder pasar. Dobryna, impulsivamente, fue la primera en cruzar el umbral, acuciada por el ansia de hallar cuanto antes a su hermano.

Yo la seguí en el acto. Un segundo más tarde, ella exhalaba un gemido y se volvía hacia mí, colgándose de mi cuello, en tanto que su cuerpo sufría una serie de tremendas sacudidas.

—Jonathan, es horrible, horrible —exclamó.

Mis ojos tardaron unos segundos en habituarse a la penumbra que existía en aquella estancia. También disponía de un orificio de ventilación, pero era mucho más pequeño que el de la sala contigua.

La luz era escasa, aunque suficiente para poder ver el esqueleto que yacía en el suelo enlosado. La vista de un esqueleto humano no es cosa que me asuste demasiado, pero sí me impresionaron las condiciones en que se encontraba el que teníamos ante nuestros ojos.

Vivo, debió padecer una horrenda agonía. Había sido atado por una cadena sujeta en torno a su cintura por uno de sus extremos y al muro por el otro. La cadena estaba, tenía la longitud justa, diabólicamente calculada, para que su mano derecha, llegase a rozar el cántaro de agua que se erguía en el suelo, a pocos centímetros de su índice. Al lado del cántaro se veía una mancha pardusca, circular, de un palmo de diámetro; era todo cuanto quedaba del pan que había acompañado al agua, alimentos ambos que habían sido elementos decisivos en el suplicio de Tántalo a que había sido sometido aquel desdichado.

¿Quién había sido el hombre que había merecido castigo tan espantoso? ¿Quién había sido el infeliz que había muerto allí, tras una infernal agonía, padeciendo hambre y sed y teniendo a la vista los elementos necesarios para calmar sus ansias, pero sin poder alcanzarlos jamás?

Quizá nunca llegásemos a saberlo; todo tenía los indicios de una bárbara venganza medieval, cosa por otra parte, nada extraño en aquella época de salvajismo, en que la vida de un enemigo era algo que había que suprimir, unas veces por necesidad, otras simplemente por eliminar un peligroso estorbo y algunas como inimaginable sanción por algún hecho delictivo que hoy carecería

casi de importancia para nosotros.

Permanecimos callados durante un buen rato, hasta que Dobryna se hubo recobrado de la tremenda impresión sufrida.

—¿Estás mejor? —dije.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—El esqueleto tiene la clave —murmuré.

—¿Qué es lo que quieres decir? —inquirió ella, muy extrañada.

Su pregunta ratificó mis impresiones, esto es, que Dobryna ignoraba, en estado consciente, todo lo referente al esqueleto.

—Más tarde —dije.

Y, de pronto, reparé en el cántaro.

El dedo índice del esqueleto apuntaba al cántaro.

Tomé la vasija de barro, volviéndola boca abajo. Dobryna lanzó un grito y yo pegué un salto que me llevó a cuatro pasos de distancia del esqueleto.

Una enorme araña, gorda, repugnante, velluda, de un repulsivo color negro, saltó del cántaro al ser invertido, el cual, por cierto, se me cayó al suelo a causa de la impresión, quebrándose en mil pedazos.

La araña correteó unos momentos. Trepó por el cráneo del esqueleto y acabó por desaparecer en una de sus cuencas orbitarias. Hubo un poco de ruido, seco, tableteante, de escasa intensidad, y luego volvió el silencio.

Entonces, Dobryna tiró de mí con fuerza.

—¡Vamos, Jonathan, vamos! —exclamó. Y yo no tuve ánimos para resistirme y me dejé llevar, abandonando aquel antro de pesadilla.

CAPÍTULO XVII

El día transcurrió sin ninguna novedad. En el ambiente, sin embargo, se notaba una extraña opresión. Algo iba a suceder aquella noche, pero por más que me esforzaba en taladrar el espeso e invisible muro de sentimientos hostiles que se cernía a mi alrededor, no conseguí averiguar lo que deseaba.

Felton y los McKearn se mostraron muy amables y complacientes conmigo y con Dobryna, más conmigo, desde luego. Ninguno de ellos hizo la menor alusión a los sucesos de la noche anterior, ni yo, por mi parte, intenté hacer algo que pudiera hacerles entrar en sospechas. Pero del hermano de Dobryna, y esto era lo que más me extrañaba, no hallamos el menor rastro.

Llegó la noche. La cena se realizó como de costumbre. Emma McKearn dirigió a su marido los acostumbrados insultos, que el varón recibió con resignado estoicismo, en tanto que Felton guardaba su silencio de costumbre.

Apenas hubimos terminado de cenar, Felton y los McKearn se mostraron dispuestos a acostarse, retirándose sin tomar la habitual copita de licor que seguía indefectiblemente a todas las comidas.

Dobryna me miró extrañada.

—Ve a tu habitación y espérame —dije.

—Pero...

—Obedece, te lo ruego.

Ella asintió, retirándose.

Quedé solo en el comedor, fumando un cigarrillo. Gerald no compareció a retirar los cacharros de la cena.

Esperé durante media hora. Al cabo de ese espacio de tiempo, me dirigí a la cocina.

Sonreí satisfecho. Gerald dormía profundamente. Estaba sentado en una silla, con la cabeza apoyada en los brazos y éstos sobre una mesa.

Me retiré en dirección a las otras habitaciones. Entré en la de Felton.

El individuo yacía sobre su lecho, boca arriba, roncando ruidosamente. Ni siquiera había tenido tiempo de desnudarse.

A continuación penetré en el dormitorio de los McKearn. Angus estaba en el suelo, a dos pasos del lecho. Su esposa había conseguido acostarse, pero, al igual que Felton, tampoco había tenido tiempo de desnudarse.

Cerré la puerta con cuidado. Fui a mi habitación y, tomando un pequeño maletín, me encaminé al dormitorio de Dobryna.

Entré, cerrando a mis espaldas. Estaba seguro de no ser molestado en mi tarea. El narcótico que había distribuido tan pródigamente por la casa, había surtido sus efectos y todos dormían.

Dobryna descansaba apaciblemente sobre su lecho. Como a los demás, el sueño la había sorprendido antes de poder cambiarse de ropa. Sonreí satisfecho. El truco estaba bien concebido y mejor ejecutado.

Dejé el maletín sobre la mesilla. En su interior tenía algunos medicamentos, entre ellos un antídoto para el narcótico. Preparé una inyección, que apliqué sin tardanza en el brazo de Dobryna.

Esperé tranquilamente. Minutos después, el seno de la joven se agitó de modo espasmódico. Suspiró hondamente y abrió los ojos.

—Jonathan —exclamó, sentándose impulsivamente en el lecho—. ¿Por qué estás aquí?

Y de repente se pasó la mano por la frente.

—¿Qué me ha sucedido? —preguntó—. ¿Por qué me quedé dormida en la cama y luego me he despertado?

—Consecuencias de un poderoso sedante que os administré con el vino de la cena —dije—. Felton, los McKearn y Gerald duermen ahora como troncos.

Dobryna me miró estupefacta.

—¡Jonathan! —exclamó—. ¿Por qué has hecho tal cosa?

—Necesitaba estar a solas contigo, libre de testigos inoportunos, que pudieran interrumpirnos en el momento menos conveniente.

—No te entiendo, Jonathan. Me gustaría que te explicases.

—Lo haré, por supuesto. Escucha, ¿recuerdas el día en que fuiste a verme a mi despacho en Kirkaldy?

—Sí, claro.

—Te dormiste en el sillón.

—Sí. Tú dijiste que me habías encontrado un tanto fatigada y que...

—Exactamente. Eso es lo que te dije, aunque no fue toda la verdad. Ahora vas a saberla, Dobryna.

—Jonathan, me asustas con tus palabras. ¿Qué es lo que sucede, en realidad?

—Recuerda una de tus frases. Dijiste que tenías la sensación de haber soñado conmigo, como si hubieras hablado conmigo de cosas muy íntimas.

—Así es, Jonathan. Todavía persiste esa sensación. Pero yo no recuerdo haberte contado nada antes de tu segunda llegada al Cottage.

—Es lógico, porque, por regla general, el paciente no suele recordar nada de lo que ha dicho o hecho mientras estaba sumido en trance de hipnotismo.

Los ojos de Dobryna se agrandaron enormemente.

—¡Jonathan! ¿Quiere... eso decir... que me hipnotizaste aquel día en tu despacho?

—Exactamente, querida. Y es lo mismo que voy a hacer ahora.

—¡No! —Se estremeció—. ¡Dios mío, no, Jonathan!

Fui hacia ella y la agarré por los hombros, sacudiéndola con fuerza.

—¡Dobryna! ¡Tienes que hacerlo! ¿Es que no te das cuenta? ¡Anoche también estuviste en trance hipnótico!

—¿Fuiste tú?

—No. Felton y los McKearn.

—¿Qué? ¡Dios mío! Jonathan, si no te explicas pronto, creo que acabaré volviéndome loca.

—Terminarías sumida en la demencia, sino pusiese fin de una vez a la extorsión mental a que te tiene sometido ese trío de canallas, Dobryna. Compréndeme, es absolutamente necesario que te dejes hipnotizar. Lo hago por tu bien, por el bien de la mujer a quien amo más que a cualquier otra cosa sobre la tierra. ¿Crees que consentiría voluntariamente en causarte el menor daño?

Sus bellos ojos se arrasaron en lágrimas.

—No, Jonathan —murmuró.

—Entonces, te ruego que accedas a dejarte sumir en trance, querida. Se trata solamente de formularte unas cuantas preguntas, cuya respuesta no conoces en estado consciente. Tendría que darte una larga explicación acerca de lo que es el subconsciente y lo que se alberga en éste, pero no disponemos de demasiado tiempo. Hay cosas que sólo conoces cuando estás en estado hipnótico; por eso deseo que accedas a mi ruego. Confía en mí, te lo suplico.

Dobryna suspiró hondamente.

—Sí, Jonathan. Pero... eso que me has dicho de que Felton y los McKearn, ¡es tan horrible! ¿Qué es lo que pretendían al hacerme tal cosa?

—Hay un tesoro en el Cottage —manifesté— y, por lo visto, tú conoces el lugar donde está situado. Sabes una frase: *el esqueleto tiene la clave*. Esto puede indicar el lugar dónde está escondido ese tesoro. Pero ellos no están satisfechos con lo que les dices, y por eso hacen presión sobre tu mente, con el fin de obligarte a ser más explícita.

—Y pensar que Felton era tan amigo de mi padre —murmuró ella, moviendo la cabeza, como si no acabase de creer todavía en lo que le había dicho. De pronto, sus ojos brillaron—. ¡Empieza cuanto antes, Jonathan!

Me incliné hacia ella y la besé suavemente en la mejilla.

—Magnífico —dije—. Así me gustas. Y ahora, ¿quieres darme el ópalo?

CAPÍTULO XVIII

Dobryna era un sujeto de gran receptividad y fácilmente sugestionable. Con la ayuda del ópalo, me resultó sumamente fácil sumirla en trance, máxime cuando ella deseaba ahora ayudarme con todas sus fuerzas.

Pocos minutos después estaba completamente dormida. La había situado en un sillón, colocándome frente a ella para formularle mis preguntas.

—Dobryna —dije—, ¿me oyes?

—Sí, Jonathan.

—Escucha una cosa: contesta a todo cuanto te pregunte, ¿estamos? No sientas temor alguno; repito que todo esto es por tu bien.

—Sí, querido.

Decidí por el momento, no hacer la menor referencia a los sanguinarios hechos en los que ella, aunque sujeto pasivo, era el actor principal. Si podía pasarme sin mencionárselos, mejor para ambos. Cada vez que recordaba el cuchillo clavándose en la garganta de aquel desdichado, me ponía enfermo.

—En primer lugar, ¿qué profesión tenía tu padre?

—Joyer y lapidario.

—Es decir, que además de vender piedras, las tallaba también.

—Sí.

—Felton, ¿era ayudante suyo?

—Sí.

—¿Tenía algún ayudante más?

—No.

—¿Has oído hablar de un tal McRoaldy?

—Creo que en tiempos trabajó para mi padre, aunque no en el negocio de las piedras preciosas.

—¿En qué trabajó McRoaldy?

—Tengo entendido que hizo algunas faenas en el Cottage, pero no sé en qué consistieron.

—¿No te lo explicó tu padre?

—No.

—¿Estuvo muchos días McRoaldy en el Cottage?

—Un par de semanas, quizá menos.

Bien, pensé, ya tenía un indicio para esclarecer la muerte del viejo borrachín. Seguramente, si no había llegado a saberlo, sí había intuido algo respecto al tesoro. Y una vez que Felton y los McKearn le habían sonsacado cuánto pudieron, lo asesinaron para eliminar un posible estorbo.

—Mientras estabais en Amsterdam, ¿siguió tu padre con el negocio?

—Sí.

—Y tú hermano, ¿qué hacía?

—Le ayudó algún tiempo, pero luego se cansó. Se marchó a las Indias Holandesas y después de un año o dos, dejamos de tener noticias de él.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos seis o siete años.

—¿Y volvió?

—Hace menos de uno.

—¿Aquí o a Amsterdam?

—A Amsterdam, días después de la muerte de mi padre, cuando yo me decidía ya a venir a vivir al Cottage.

—¿Qué tal marchaba el negocio de tu padre últimamente?

—Regular.

—¿Os dejó mucho dinero?

—No.

—Pero te habló de un tesoro.

—Sí.

—¿Te dijo dónde estaba?

—Sí, en el Cottage.

—¿Y el lugar exacto?

—No.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Sólo me dijo una frase que podía servirme para encontrarlo: el esqueleto tiene la clave.

—Ya hemos hallado el esqueleto, pero no el tesoro. ¿Estás segura de que no te dijo nada más?

—Por completo, Jonathan.

Hice una pausa. Si el difunto señor Van Kamm no había dicho más a su hija, era inútil sonsacárselo con presiones más o menos terroríficas.

—Cuando te dijo la frase relativa al esqueleto, ¿estaba delante tu hermano?

—No.

—¿Te lo dijo antes?

—Sí.

—Y a Julius, ¿le dijo algo? Me refiero antes de su marcha a las Indias Holandesas.

—No lo sé.

No debía habérselo dicho, calculé, porque, de lo contrario el tesoro hubiese aparecido ya.

—¿Cuándo lo escondió?

—Cuando los alemanes invadieron nuestro país, durante la guerra. Dijo que en el Cottage las piedras estarían más seguras.

—¿A quién más comunicó el secreto de esas piedras?

—Que yo sepa, sólo a mi madre, aunque ésta no me habló nunca para nada al respecto.

—¿Y a Felton?

—Tampoco.

—Por lo visto no se fiaba de él, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué?

—Tenía ciertas dudas acerca de su honorabilidad. En ocasiones le habían faltado algunas piedras en su taller de lapidario y sospechaba de él, aunque no pudo probarle jamás que hubiese sido el autor de las sustracciones.

—¿Sabes por qué guardó aquí las piedras?

—Decía que quería guardarlas en un lugar seguro, donde no fuese posible hallarlas. La guerra le desequilibró un poco.

—Comprendo. Y no se atrevió a llevarlas de nuevo al continente.

—Eso es.

—¿Temía una nueva guerra?

—Sí.

De pronto advertí que Dobryna sudaba copiosamente. Busqué una toalla y le enjuagué el rostro.

—Descansa unos momentos, querida —dije.

Esperé cosa de media hora. Aunque parezca mentira, no hay cosa que fatigue más que un interrogatorio recibido bajo trance hipnótico. Cuando la respiración de la joven recobró su ritmo habitual, volví a la carga.

—Ahora voy a hacerte una pregunta delicada, Dobryna. Procura ser fuerte.

—Sí, querido.

—¿Has visto a tu hermano atado a los grilletes en alguna ocasión?

Su busto se agitó con violencia.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Varias, no lo recuerdo con exactitud.

—Cuando está atado, le golpean con el látigo para forzarle a la obediencia, ¿no es así?

—Sí.

—¿Le preguntan también dónde está el tesoro?

—Sí. Pero Julius no lo sabe.

Era una partida de canallas, desde luego.

—¿Quién te hipnotiza?

—Felton.

—El otro día estuve observándote. Las preguntas te eran formuladas por la señora McKearn.

—A ella también la hipnotizan. Es la que me hace las preguntas, Jonathan.

Durante unos momentos, me quedé absorto. Aquél era el caso más extraño con que me había topado jamás a lo largo de mi carrera de siquiatra. Un paciente sugestionado por medio de un intermediario...

Ello me explicó muchas cosas, por ejemplo, que necesitasen de la presión del terror para obtener de la muchacha la información que tanto deseaban conocer. Felton debía tener ciertas nociones de hipnotismo y aún la potencia mental suficiente para sugestionar no sólo a un paciente, sino a dos, pero escasa para conservar a Dobryna en aquel estado hipnótico. Le era preciso servirse de la señora

McKearn como intermediario para forzar a Dobryna a responder a sus preguntas.

Profesionalmente, era un caso clínico notabilísimo; pero en lo que a mi plano particular se refería, era una noticia muy poco agradable.

Observé que Dobryna daba claras muestras de fatiga.

—Voy a terminar —dije—. Pero antes, quiero hacerte la última pregunta.

—Sí, Jonathan.

De repente se me había ocurrido una hipótesis y quería comprobarla.

—Julius, ¿es hermano tuyo? Quiero decir si es él mismo o se hace pasar por tu hermano.

—Oh... A veces me parece que no es él, aunque no estoy segura tampoco de que no lo sea.

—¿Temes que el clima de las Indias Holandesas le haya afectado el cerebro?

—Es muy posible. Sin embargo, antes de su marcha, Julius era un muchacho muy templado de nervios, aunque algo tarambana.

—Gracias, eso era todo cuanto quería saber. Ahora, despierta, Dobryna.

Ella abrió los ojos. Le sequé el rostro nuevamente con la toalla.

—Estoy muy cansada —dijo.

—Me lo supongo. —Busqué licor y le serví una buena dosis—. Esto te ayudará a recobrarte. Descansa sin miedo.

Bebió. El alcohol devolvió el color a sus mejillas.

—¿He dicho muchas cosas, Jonathan? —preguntó ansiosamente.

—Muchas y realmente interesantes algunas de ellas, querida.

—No me acuerdo de nada —se lamentó—. ¿Puedes contarme algo?

Moví la cabeza.

—No. Lo sabrás a su debido tiempo.

—Pero...

—Tómate otra copa. Dentro de unos momentos tenemos algo que hacer.

Obedeció mansamente. Esperé durante más de un cuarto de hora a que se hubiese recobrado por completo.

Entonces tomé su mano y la hice ponerse en pie.

—Ven conmigo —dije.

Salimos de su dormitorio, avanzando por el corredor. Entramos en el dormitorio de los McKearn, quienes continuaban en la misma postura.

—¿Qué piensas hacer, Jonathan? —preguntó ella, temerosamente.

Vacíé unos momentos, mientras paseaba la vista a mi alrededor.

—Estoy buscando algo —dije. Quería hallar el cuchillo que ella había empleado en el sacrificio.

Media hora más tarde, desistí de mis pesquisas. El cuchillo no estaba allí. ¿Lo tendría Felton? ¿O tal vez Gerald?

Pasamos a la habitación contigua. Felton dormía sosegadamente. Ello me hizo sonreír con suficiencia. También yo tenía mis trucos. Y sabía emplearlos.

Empecé la búsqueda. Abrí un armario y algo se me cayó de pronto.

Dobryna lanzó un chillido de espanto. Yo retrocedí trastabillando y a punto estuve de caer al suelo, junto a aquel cuerpo humano que se me había desplomado encima.

Ella se me abrazó llena de pánico. El hombre continuaba yaciendo en el suelo, en medio de una absoluta inmovilidad.

—No tengas miedo —dije—. Los muertos no han hecho jamás daño a nadie.

Y me arrodillé para examinar el cadáver.

Unos segundos más tarde, miraba a Dobryna con expresión llena de desconcierto.

—¡No es un hombre! —exclamé.

—¿Qué?

Ella se arrodilló a un lado, examinando con infinita curiosidad el supuesto cadáver, que no era otra cosa que un maniquí, en cuyo cuello de plástico se veían las huellas de varias cuchilladas.

—No lo comprendo —murmuró ella.

—Yo sí —dije, pues empezaba a ver claro.

Rasgué las ropas del maniquí. En su pecho había una abertura, por la que metí la mano, tocando una especie de jeringa o vejiga de buen tamaño, llena de un líquido cuya identidad no supe reconocer en los primeros momentos.

La vejiga estaba situada bajo la garganta y era obvio que cada

vez que el cuchillo atravesaba el plástico, la vejiga reventaba, lanzando al aire un surtidor de líquido rojo, que imitaba la sangre.

El truco era perfecto. En trance hipnótico, Dobryna creía siempre que mataba a una persona. Ellos lo sabían y así ejercían presión sobre la joven, obligándola a creer que realmente sacrificaba un ser humano. Si a ello se le añadía que la obligaban a presenciar las palizas que le daban a Julius, no era extraño que poco a poco el terror fuese apoderándose de ella, hasta hacerse dueño de su espíritu.

Pero aquellos bigardos habían olvidado una cosa —o quizá, sencillamente, era que lo desconocían—. Una persona en trance hipnótico cuenta *todo* lo que sabe y no es necesario ejercer ninguna presión terrorífica sobre su mente. Basta con las palabras para hacer imaginar al paciente los hechos más espeluznantes. En cambio, cuando ese sujeto está bajo la influencia de una mente ajena, es difícilísimo obtener de él cualquier información. Por eso ella se había mostrado tan reacia a admitir que sacrificaba a seres humanos y por la misma razón, yo había narcotizado a sus sugestionadores, con el fin de liberarla de la fuerza de sus mentes.

Fui a ponerme en pie. Prácticamente, podía decir que tenía todo o casi todo resuelto. Ahora ya era cuestión tan sólo de llamar a mi amigo Deandrus y...

Una voz seca y conminatoria cortó en flor mis risueños pensamientos.

—Doctor Forrester, levante las manos o me veré obligado a atravesarle la cabeza de un balazo.

CAPÍTULO XIX

Lo que había empezado por la simple llamada de una mujer que deseaba curar de la locura a su hermano, amenazaba con terminar en un sacrificio druídico a la luz de la luna y a media noche.

Hasta entonces, todo había sido decoración y fingimiento, con el fin de influir en la mente de Dobryna. Ni había habido sacrificios humanos, ni Julius había sido encadenado o golpeado; simplemente lo habían simulado ante Dobryna, sumida en trance hipnótico, con el fin de impresionar más todavía su torturada mente.

Pero ahora sí se iba a producir un sacrificio auténtico. Sólo se habían producido dos muertes hasta entonces: McRoaldy y Macon, ninguno de los cuales había fallecido en aquella forma tan bárbara en que yo iba a morir.

Frente a mí, Julius sonreía diabólicamente. Su rostro, bañado por la luz de la luna, poseía una expresión infernal.

—Ha sido usted muy listo, doctor, pero ya se le ha acabado su listeza. Dentro de poco, ¡zás! —Y se pasó el índice por la garganta, significativamente.

Quise hablar, pero no pude; me lo impedía la mordaza que me cerraba la boca. Quise moverme, pero mis esfuerzos resultaron estériles; estaba sólidamente atado.

Y mi cuerpo tendido sobre la losa de los sacrificios.

Julius exhaló una satánica carcajada.

—Ha averiguado muchas cosas, doctor, pero ya no le servirán de nada. Y gracias por habernos hallado el esqueleto. El resto será fácil, supongo. El tesoro no puede andar muy lejos de aquel calabozo. Una vez que lo tengamos en nuestro poder —chasqueó los dedos—, ¡la del humo!

Hizo una corta pausa.

—Mi hermanita, bueno, la señorita Van Kamm, se quedará aquí. Borraremos de su mente lo ocurrido hasta ahora y lo único que

sabrás es que me he vuelto de nuevo a Batavia. Felton y los otros recibirán también su parte del tesoro. No tema, Dobryna no quedará pobre; el Cottage es una buena inversión. Aunque, a usted, ¿qué puede ya importarle, cuando se encuentre debajo de seis palmos de tierra?

Se inclinó hacia mí, con ojos brillantes.

—Esta vez, el sacrificio será legítimo. Y la tumba será ocupada de verdad por un cadáver auténtico: ¡el suyo, doctor Forrester!

Rió con fuerza.

—Su truco tuvo un pleno éxito, aunque había un fallo: creer en mi encierro. De haber resultado esto cierto, ahora habría conseguido usted lo que tanto deseaba. Pero mis compañeros ya están despiertos y la representación dará comienzo muy pronto. Gracias por sus esfuerzos, doctor.

Traté de soltarme las ligaduras, sin conseguirlo. Tendido como estaba sobre la losa, con las manos bajo la espalda, mi posición resultaba tan incómoda como indefendible.

Moví los dedos desesperadamente, tratando de alcanzar el nudo de las ligaduras que sujetaban mi muñeca. Mis uñas arañaron la piedra...

¿Piedra?

Torné a la carga. ¿Piedra? ¿Cómo era posible que pudiera arrancar con las uñas unos trozos tan relativamente grandes de la losa?

Entonces lo comprendí todo.

Y en aquel momento, Julius soltó una exclamación.

—¡Ah, ahí están!

Escorzando la cabeza, pude ver la fatídica procesión, encabezada por Dobryna. Los McKearn iban tras ella, salmodiando una siniestra melopea, en tanto que Felton era el portador del cuchillo homicida.

Hice un nuevo esfuerzo con las uñas. Conseguí hundir un par de dedos en la losa. Dobryna se situó junto a la cabecera de la misma, vestida con aquel ropaje de velos flotantes que dejaban transparentar las maravillosas líneas de su cuerpo a través de los mismos.

Felton le entregó el cuchillo. Ella lo tomó mecánicamente.

Volví la vista hacia Dobryna. Ella me miró sin dar muestras de reconocermela.

—¡Hiere! —dijo la señora McKearn. También ella estaba sumida en trance hipnótico.

La mano de la joven se alzó lentamente.

Quise gritar, pero sólo salieron de mis labios unos sonidos inarticulados. Unos segundos más, y el cuchillo se habría clavado en mi garganta desnuda.

McKearn refunfuñó algo. Su esposa volvió a dar la orden fatídica.

—¡Hiere!

Julius sonreía malignamente, gozándose con mi agonía.

Mis dedos ensancharon el agujero. ¿Lograría algo?

Dobryna me miró. Sus ojos me contemplaron inexpresivamente.

De pronto, me pareció ver en ellos una lucecita extraña. ¿Me había reconocido?

Emma McKearn volvió a hablar.

—¡Mata, Dobryna!

Un súbito temblor convulsivo acometió a la muchacha. Era evidente que me había reconocido y su mente fluctuaba entre el amor hacia mí y la obediencia que debía a la mente que ejercía tan perversa influencia sobre la suya.

Y de pronto...

Sucedió lo más inesperado. No fue que Dobryna se negase rotundamente a descargar el golpe, ni tampoco que yo hubiera conseguido liberarme de las ataduras que me sujetaban a la losa. Simplemente, uno de los monolitos cayó.

Hizo un ruido extraño, algo así como crujido de maderas en su interior y chasquidos de yeso seco que se rompía. Por otra parte, el suelo no trepidó al recibir el impacto de aquella mole que debía pesar varias toneladas, como hubiera sido lo lógico.

Entonces apareció un hombre con una pistola en la mano.

—¡Todo el mundo, las manos arriba o haré fuego!

Julius lanzó un grito de rabia al verse interrumpido tan oportunamente. Saltando sobre Dobryna, le arrebató el cuchillo, y le pegó un terrible empujón que la derribó por tierra.

Luego se arrojó contra mí, bramando de cólera. Su mano se dispuso a descargar el golpe fatal.

Estalló un disparo. Julius sufrió una terrible sacudida y se detuvo como herido por el rayo.

El cuchillo continuaba en su mano, no obstante. Sonó otra detonación. Julius se derrumbó al suelo, fulminado.

Felton intentó sacar un arma. El recién llegado volvió a disparar. Felton cayó redondo.

McKearn dio media vuelta e intentó huir a la carrera. Pero entonces, dos hombres le salieron al encuentro, deteniendo en seco su frenética huida. Gerald se rindió cobardemente, sin resistencia.

Alistair Deandrus se arrodilló junto a la muchacha. Al comprobar que estaba ilesa, se me acercó, sonriendo con aire divertido.

Guardó la pistola en el bolsillo y empezó a desatarme.

—Parece que he llegado a tiempo, ¿eh?

CAPÍTULO XX

Después de haber puesto a los McKearn y a Gerald a buen recaudo, Deandrus, Dobryna y yo, nos reunimos en el gran salón del Cottage.

—Empecé a sospechar que podía ocurrir algo cuando, haciendo investigaciones, supe que el auténtico hermano de Dobryna había muerto de fiebre en las Indias Holandesas. El falso Julius era un notorio estafador, con una buena ficha en la policía de Amsterdam y también en la de Batavia, el cual se aprovechó del singular parecido físico que tenía con el hermano de Dobryna.

»Por lo visto, Julius y él eran buenos amigos, y cuando aquél murió, decidió hacerse pasar por el legítimo hermano de Dobryna. Esperaba encontrar una buena fortuna; a fin de cuentas, es preciso recordar que el señor Van Kamm fue joyero y lapidario. Pero al llegar a Amsterdam se encontró con que Dobryna había liquidado el negocio y se venía hacia Inglaterra. Decidió seguirla y entonces fue cuando se encontró con el asunto que Felton y los McKearn habían preparado. Supo lo del tesoro y decidió tomar su parte, amenazando con echarlos del Cottage si no accedían a darle entrada en la combinación. También a ellos consiguió engañarlos y como sabían que Julius tenía autoridad para despedirlos, decidieron transigir. El resto...

Deandrus se echó a reír.

—Estaba apostado detrás del monolito, esperando para intervenir en el momento más oportuno. Iba a salir ya cuando, figúrate mi sorpresa, el bloque que yo suponía de pesado granito, se me derrumbó al apoyar en él una mano. Realmente, la decoración estaba magníficamente realizada y engañaba a cualquiera. El yeso, la madera y la pintura habían sido empleados con gran habilidad. Por eso pudiste hacer tú el agujero en la losa con las manos, Jonathan.

Respiré ampliamente. Todavía no se me había pasado el susto de verme a punto de ser degollado por la mujer a quien amaba.

Ella se estremeció. Me miró dulcemente.

—Si te hubiese matado, no hubiera podido sobrevivirte, querido —dijo.

Tomé su mano. Ambos nos sentíamos otros muy distintos.

—¿Y el tesoro? —preguntó Deandrus de pronto, interrumpiendo aquel momento de encantamiento en que habíamos caído Dobryna y yo.

Me puse en pie.

—El esqueleto tiene la clave. Y me parece que ya sé dónde está. Acompañadme los dos.

Subimos al calabozo fatídico. En la mano llevaba el cuchillo que había estado a punto de segar el hilo de mi existencia.

Estudí el terreno un momento. Luego, trazando con la vista una línea imaginaria, me acerqué al muro, arrodillándome junto a la piedra a la que apuntaba rectamente el índice del esqueleto.

Empecé a desprender la argamasa con la punta del cuchillo. Pronto pude hacer que la piedra se moviese un tanto.

Deandrus se unió a mis esfuerzos. Momentos después, la piedra había salido de su alvéolo, dejando un negro hueco ante nuestra vista.

Metí la mano en la oquedad, tocando algo duro y metálico. Extraje una caja de unos veinte centímetros de larga, por quince de ancha y diez de grueso.

Poniéndome en pie, se la entregué a Dobryna.

—Ábrela —dije—. Es tuya.

Ella obedeció, temblando de excitación. Deandrus no pudo por menos de lanzar un grito de asombro.

Un rutilante resplandor invadió de pronto la lóbrega estancia. La caja, forrada de terciopelo negro en su interior, estaba atestada de gemas de todas las clases: diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas... No habían sido talladas, mas aún así, el contenido de la caja representaba una colosal fortuna.

Dobryna me miró con ojos húmedos.

—Jonathan —murmuró—, todo te lo debo a ti.

—Bueno —me vi obligado a carraspear—, creí que debía hacerlo, eso es todo.

Días después, quise hipnotizar a Dobryna por última vez.

—¿Para qué? —inquirió, muy extrañada.

—Quiero borrar de tu mente todos aquellos acontecimientos...

Ella se refugió en mis brazos con gesto lleno de vehemente pasión.

—Prefiero que me lo hagas olvidar de otra forma, amor mío: con tu cariño...

—Es una buena idea —concordé, besándola suavemente. Luego tomé su mano.

—Vamos —dije.

—¿A dónde?

—Hace un sol espléndido, querida. ¿No sientes el deseo de dar un paseo junto a mí?

Dobryna sonrió luminosamente.

—Vamos —accedió.

Dejamos la niebla atrás y salimos al sol.

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Keith Luger

YO MORI EL AÑO PASADO



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



**Una nueva colección
que sólo publicará éxitos**

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentes, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILDS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**COLECCION
CIRCULO ROJO**



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos**

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

**La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
828 — Isabel Saluena
LA VERDAD SECRETA

COLEC. "MADREPERLA"
724 — Jesús Navarro
LA PRIMA DEL PUEBLO

COLECCION "ROSAURA"
668 — María Teresa Sesé
EL MENSAJE

COLECCION "AMAPOLA"
555 — María del Carmen Rey
LA ESTRELLA DEL
"PARADISE"

COLECCION "ALONDRA"
489 — G. Colomer
MI QUERIDO TIO ROBERT

COLECCION "CAMELIA"
430 — Carlos de Santander
TIEMPO DE QUERER

COLECCION "CORAL"
109 — Corín Tellado
¿QUIEN TUVO LA CULPA?

COLECCION "CORAL"
116 — Corín Tellado
MARIA EUGENIA

COLECCION "BISONTE"
769 — Orland Garr
AZOTE DIABOLICO

Col. "SERVICIO SECRETO"
633 — Clark Carrados
UNA MUJER EN LA NIEBLA

COLECCION "BUFALO"
466 — M. Lafuente Estefanía
FRONTERA DE ALASKA

COLECCION "TEXAS"
334 — A. Roicest
PASAJE DE PISTOLEROS

COLECCION "CALIFORNIA"
313 — M. Lafuente Estefanía
ATENCION, VAS A MORIR

COLECCION "COLOBADO"
268 — M. Lafuente Estefanía
TRABAJO PARA LA
MUERTE

COLECCION "KANSAS"
324 — Keith Luger
LA ESCORIA DE
SAM RUGGLES

Col. "HEROES DEL OESTE"
206 — M. Lafuente Estefanía
TRES PASQUINES

COLEC. "ASES DEL OESTE"
176 — Fidel Prado
DOS COYOTES PELIGROSOS

COLEC. "BRAVO OESTE"
88 — Joe Mogar
DOS BALAS DE PLOMO

COLEC. "PUNTO ROJO"
22 — Alt. Regalado
DEFIENDO MI VIDA

Las obras más selectas; los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

-
- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar., 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMÁ.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CION.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MON-
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

Richard Egan

Nació el 29 de julio de 1921 en California. Sus más recientes películas son: "Ansiedad trágica", "Matanza en la Quinta Avenida" y "Esther y el rey". De entre las anteriores recordamos "Nuevo amanecer", "Corea, hora 0", "Demetrius y los gladiadores", etc.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

N.º 1511

